

# **NOCHE DE SAN JUAN**

## **de Lope de Vega**

---

Sírvase notar que el texto presentado aquí está basado en varios impresos tempranos y modernos de la NOCHE DE SAN JUAN, según la edición de Anita Stoll quien nos la ha regalado. Luego fue preparado con codificación de HTML por Vern Williamsen, en 1995. El texto ha sido repasado varias veces por medios personales y electrónicos pero todavía puede contener errores de naturaleza tipográfica o de codificación. Si, por suerte, algunos se encuentran, haga el favor de escribir una nota a [vwilliam@u.arizona.edu](mailto:vwilliam@u.arizona.edu). Agradezco su ayuda en el trabajo de depuración. Este texto está presentado solamente para usos académicos. Para cualquier otro empleo, póngase en contacto con el encargado de la lista.

La base textual de esta edición es la Parte XXI (Madrid: Vda. de Alonso Martín, 1635) de las obras de Lope de Vega, cotejado con la edición de E. Cotarelo y Mori (*Acad. N.*, Madrid, 1930) y la de Homero Serís (Madrid: Universal, 1935).

Vern G. Williamsen, 31 de enero de 1996.

### **Acto I**

versos 1-370

versos 371-758

versos 759-1182

### **Acto II**

versos 1183-1462

versos 1463-1798

versos 1799-2193

### **Acto III**

versos 2194-2364

versos 2365-2626

versos 2627-3035

Electronic text by Vern G. Williamsen and J T Abraham

# NOCHE DE SAN JUAN

---

## Personas que hablan en ella:

- Don JUAN
- Don LUIS
- Don PEDRO
- Don BERNARDO
- TELLO, gracioso
- OCTAVIO
- MENDOZA
- CELIO
- FABIO
- LEANDRO
- RODRIGO
- LEONARDO
- Don ALONSO
- Don FÉLIX
- Don TORIBIO
- ALGUACILES
- Doña LEONOR
- Doña BLANCA
- INÉS, criada
- FENISA
- ANTONIA, criada
- LUCRECIA

---

## ACTO PRIMERO

---

*Salen Doña LEONOR, dama, e INÉS,  
criada*

LEONOR: No sé si podrás oír  
lo que no puedo callar.

INÉS: Lo que tú supiste errar,  
¿no lo sabré yo sufrir?

LEONOR: Perdona el no haberte hablado,  
Inés, queriéndote bien.

INÉS: Ya es favor de aquel desdén  
pesarte de haber callado.

LEONOR: No me podrás dar alcance  
sin un romance hasta el fin.

INÉS: Con achaques de latín,  
hablan muchos en romance.

LEONOR: Las destemplanzas de amor  
no requieren consonancias.

INÉS: Si sabes mis ignorancias,  
lo más claro es lo mejor.

LEONOR: ¿Tengo de decir, Inés,  
aquello de escucha?

INÉS: No,  
porque si te escucho yo,  
necio advertimiento es.

LEONOR: Vive un caballero indiano  
enfrente de nuestra casa,  
en aquellas rejas verdes,  
cuando está en ellas, doradas.  
Hombre airoso, limpio y cuerdo,  
don Juan Hurtado se llama;  
dijera mejor, pues hurta,  
don Juan Ladrón, sin Guevara.  
Éste, que mirando en ellas,  
las tardes y las mañanas,  
no curioso de pintura  
los retratos de mi sala,  
sino mi persona viva,  
como papagayo en jaula  
siempre estaba en el balcón  
diciendo a todos: "¿Quién pasa?"  
Debió de pasar amor,  
que como el rey que va a caza  
a las águilas se atreve,  
cuanto y más a humildes garzas.  
Parándose alguna vez,  
preguntóle cómo estaba;  
respondió: "Como cautivo,"  
y miraba mis ventanas.  
De sus ojos y su voz  
a mi labor apelaba;  
mas pocas veces defienden  
las almohadillas las almas.  
Muchas, te confieso, amiga,  
que los ojos levantaba  
por ver si estaba a la reja,  
que no por querer mirarla.

Di en cansarme si le vía,  
¡oh, qué necia confianza!  
que pesándome de verle,  
de no verle me pesaba.  
Dicen los que saben desto,  
Inés, que el amor se causa  
de unos espíritus vivos  
que los ojos de quien ama  
a los opuestos envían,  
y como veneno abrasan  
de aquellas sutiles venas  
la sangre más delicada.  
Por esta razón, los niños,  
en los brazos de sus amas,  
enferman de quien los mira,  
aunque es la causa contraria;  
que allí mira el niño amor,  
pero aquí padece el alma,  
que las niñas de los ojos  
las de las almas retratan.  
En la Vitoria una fiesta,  
que en guerra de amor no falta  
la vitoria a quien porfía  
y más si está la esperanza  
tan cerca del Buen Suceso  
el tal indiano esperaba  
que yo llegase a la pila;  
llegué, y al tomar el agua,  
como que hacía lo mismo  
me echó un papel en la manga.  
¿No te dije yo al principio  
cómo Hurtado se llamaba?  
¿Pues qué mayor sutileza  
viniendo entre gente tanta?  
Tomaba con una mano  
el agua y con otra echaba  
el papel, en que fué cierto  
lo que dicen del que anda  
entre la cruz y la pila.  
Pasaron dos horas largas  
mientras en la iglesia estuve,  
donde, por más que rezaba  
más al papel atendía  
que a las imágenes santas.  
Quise romperle mil veces,  
y cuando ya le sacaba  
parece que me decía:  
"Señora, ¿por qué me rasgas?  
¿Qué perderás en saber  
cómo escriben a sus damas  
los amantes?" Pero yo,  
aunque con mudas palabras,  
"No, traidor," le respondía,  
"aquí morirás, que llamas  
para papeles de amores  
suelen ser manos honradas".  
Entre si le rasgo, o no  
¡oh, cuánto yerra quien halla  
luz para atajar principios  
y los remedios dilata!

Comencé a rasgarle, y luego  
detuvo el amor la espada,  
porque es ángel que defiende  
papeles cuando honras mata.  
Volvió, en fin, por las razones,  
y la razón desampara,  
afeándome la muerte  
de un pobre papel sin armas.  
El vino conmigo, en fin,  
y en mi aposento, sentada  
en mi cama, vi el papel,  
cortés, como quien engaña,  
y breve, como discreto,  
y aquella máscara santa  
del matrimonio, en los hombres  
treta que ha perdido a tantas.  
Anduve desde este día  
triste y alegre, cansada  
de sufrir mis pensamientos,  
que resistidos desmayan.  
Don Juan, como pescador  
que al pez el sedal alarga,  
cuando ya le tiene asido  
y va mudando la caña,  
envióme una mujer  
destas que cuentan por habas  
los sucesos por venir;  
negro monjil, tocas blancas,  
cuentas de no dar ninguna,  
que cruz y muerte rematan,  
cruz de matrimonios que hacen  
y muertes de honras que acaban.  
Yo no sé, por no cansarte,  
con qué hechizos o palabras  
trocó mi honesto deseo,  
que a dos visitas estaba  
como don Juan me quería,  
claro está, que enamorada.  
Respondí al papel, y a muchos,  
por esta fingida santa,  
a quien mi casa venera  
y a quien mi hermano regala.  
En fin, dando yo lugar,  
todas las noches me habla  
por esas rejas don Juan;  
porque, después de acostada,  
vuelvo a vestirme y salir;  
porque cuando el amor danza,  
no hay Conde Claros, Inés,  
que así salte de la cama.  
Hablamos hasta que el sol  
nos envía, con el alba,  
a decir que ya es de día,  
porque los ojos no bastan.  
Así pasamos las noches,  
y te prometo que es tanta  
la blandura y discreción  
de don Juan, y que me trata  
con tan honesto respeto,  
que, perdida y obligada,

pienso advertir a mi hermano  
de que mi vida se pasa  
sin que de mi estado trate;  
que, divertido en sus damas,  
como caballero mozo,  
ni se casa, ni me casa;  
porque somos las mujeres  
fruta que con flor agrada,  
y del tiempo en que se coge  
siempre es mejor la mañana.  
Esta, Inés, la historia ha sido,  
y, cuanto amorosa, casta,  
no le di mano sin ser  
sobre lágrimas prestadas.  
A quien no lo pareciere,  
pruebe a ser un año amada,  
que oír y no responder  
sólo es bueno para estatuas.  
Yo defendí mi valor;  
pero donde el cielo es causa  
y dos almas se conforman,  
ninguna prudencia basta.

INÉS: Aunque has pensado que yo  
no entendía tu inquietud  
y estimaba la virtud  
de quien el papel te dio,  
sabe que todo lo sé  
y de Tello, su criado,  
que alguna vez me ha fiado  
tus pensamientos, en fe  
de un poco de voluntad.  
LEONOR: ¿Quiéresle bien?  
INÉS: Es discreto.  
LEONOR: Bueno andaba mi secreto.  
INÉS: ¿Parécete novedad  
que donde mira el señor  
siga su ejemplo el criado.  
LEONOR: Mi hermano, Inés, ha llamado.  
¡Ay, Dios!  
INÉS: ¿De qué es el temor?  
LEONOR: De venir con él don Juan,  
a quien él jamás habló.  
INÉS: ¿Don Juan?  
LEONOR: Ya le he visto yo,  
y mil sospechas me dan.

**Salen Don JUAN, Don LUIS y TELLO**

LUIS: Creed, señor don Juan, que estoy corrido  
si bien no culpa, encogimiento ha sido  
no haberos visitado.  
JUAN: Confieso que en lo mismo estoy culpado,  
siendo mi obligación.  
LUIS: Antes la mía,  
que ofreceros debía,  
mi casa y mi amistad, por caballero,  
vecino y forastero.  
JUAN: Mostráis lo cortesano y lo discreto

en honrarme, don Luis, y yo os prometo que el amor me debéis con que os hacía mil visitas el alma cuando os vía, con mil ansias de ser amigo vuestro.

LUIS: Estrellas tuvo el pensamiento nuestro, ellas nos concertaron, pues ha sido igual amor el que nos ha vencido; servíós desta casa llanamente.

JUAN: Esclavo seré suyo eternamente. ¿Es vuestra hermana esta señora?

LUIS: Hoy quiero que conozcáis mi hermana. El caballero, Leonor, que miras es don Juan Hurtado, ya sé que tu retiro recatado aun no sabrá que fué nuestro vecino desde que a España de las Indias vino.

JUAN: (¡Cielos, qué dicha es ésta!) **Aparte** Señora, a tantas honras, la respuesta es el silencio mudo, que es la lengua mejor de quien no pudo satisfacer su obligación hablando.

LEONOR: Y yo, señor don Juan, quiero, imitando, si no el ejemplo, el pensamiento vuestro, decir callando del contento nuestro alguna parte breve por mi hermano y por mí.

LUIS: Todo se debe al valor de don Juan.

JUAN: Embarazado de tantas honras, casi estoy turbado; aunque no lo supiera, por hermanos, señores, os tuviera, viendo tan parecida cortesía.

LUIS: Retírate, Leonor, que hablar querría a solas con don Juan.

LEONOR: Como quisieres, aunque la condición de las mujeres lleva mal los secretos.

***Aparte a TELLO***

JUAN: (Tello, ¿que es esto?)

TELLO: Del amor efetos; que se pega también, y es cosa llana que a don Luis se le pegó su hermana.

JUAN: Si hacemos amistad, ¡ay, Leonor mía!, aquí veré tu sol sin celosía.)

***[Aparte las dos]***

LEONOR: (Inés, detrás desta cortina quiero escuchar a mi hermano, que me muero de varios pensamientos combatida.

INÉS: ¿No ves que es amistad?

LEONOR: ¿Y si es fingida?)

***Escóndense las dos***

LUIS: Señor don Juan, ya que habemos  
nuestras almas declarado,  
fuera engaño haber callado  
lo que en su centro tenemos;  
sin prólogos, sin extremos,  
ya sois dueño de la mía.

LEONOR: ¡Ay, qué desdicha sería,  
Inés, que se declarase!

INÉS: Mas aguardo que te case.

TELLO: (No hay secreto sin espía:  
las dos escuchando están;  
que mujeres, por saber,  
y más cuando hay que temer,  
ventanas en bronce harán.

**Aparte**

LUIS: Yo quiero, señor don Juan,  
al más hermoso sujeto  
deste lugar, y aunque a efeto  
de casarme, como es justo,  
no corresponde a mi gusto,  
ni en público ni en secreto.

Creer que es honestidad  
a mi amor, está muy bien;  
que en un público desdén  
hay secreta voluntad.  
Tenéis vos tanta amistad  
con el dueño desta dama,  
que no fué mayor la fama  
de Pólux y de Castor;  
por donde piensa mi amor  
que la fortuna me llama.

Pero ya ¿qué tiempo aguardo,  
cuando tan bien me entendéis,  
pues dice que lo sabéis  
la amistad de don Bernardo?  
Que este mi desdén gallardo  
trujo de Sevilla aquí,  
como su hermano, y yo fui  
dichoso en que van despacio  
sus negocios en palacio,  
pero muy aprisa en mí.

Blanca me mata, en efeto;  
yo me querría casar;  
nadie lo puede tratar  
como un amigo discreto;  
vos lo sois, y yo sujeto  
a cuanto vos concertéis.  
En dote no reparéis,  
que bien sabréis cuál me veo  
si en posesión o en deseo  
alguna prenda tenéis.

JUAN: Si no tuviera por cierto  
el fin de tan justo amor,  
sabiendo vuestro valor,  
no me obligara al concierto;  
será de Bernardo acierto,  
de Blanca será ventura;  
en vuestro valor segura,  
bien os empleáis los dos,



vos en ella y ella en vos;  
a tal fe, tal hermosura.

Y así, desde ahora os doy  
parabién, que lo que es justo  
lleva de su parte el gusto;  
conque a decírselo voy.  
De Blanca seguro estoy,  
que si os trató con desdén,  
no fué desprecio; que quien  
sabe que se ha de casar  
todo lo quiere guardar  
para cuando le esté bien.

Allá en Sevilla tenía  
ciertos pensamientos yo,  
que la ausencia dividió,  
y de experiencia sabía  
que una amorosa porfía  
quiere presta ejecución;  
yo os traeré resolución  
tan presta, si me la dan,  
que hoy, víspera de San Juan,  
juréis de la posesión.

LUIS: Echaréme a vuestros pies.

JUAN: Dejad cumplimientos vanos.

LUIS: Dadme siquiera las manos.

JUAN: Guardaldas para después.

Vamos, Tello.

TELLO: Mira a Inés  
con la divina Leonor.

JUAN: ¿Acecharon?

TELLO: Sí, señor.

JUAN: Tello, si don Luis se casa,  
yo soy dueño desta casa.

TELLO: San Juan nos dé su favor.

***Vanse los dos***

LUIS: Echando al mayor mundo todo el velo  
asombra la celeste artillería  
y entre pedazos de tiniebla fría  
por donde daba luz escupe hielo.

Mas tomando con lástima del suelo  
el hacha eterna el que los años guía  
huye el horror y resucita el día  
en el alcázar del sereno cielo.

Así, con puros rayos celestiales  
en tanta tempestad, tu sol previenes,  
hermosa Blanca, y a mis ojos tales.

Oh bien haya el rigor de tus desdenes;  
por que si no se hubieran hecho males  
era imposible conocer los bienes.

***Salen Doña LEONOR e INÉS***

LEONOR: Vengo a reñirte, enojada;  
paciencia puedes tener.

LUIS: ¿Tú, Leonor? Debe de ser  
porque estás hermosa, airada.

LEONOR:

Todo lo que has dicho oí  
al indiano caballero,  
que de tus bodas tercero  
ahora se va de aquí.

¿Es justo que tome estado  
un hombre de tu valor  
antes que yo? ¡Qué rigor!  
Pues es fuerza que, casado,  
esclava venga yo a ser  
de una muy necia cuñada  
que a la suegra más cansada  
sostituye por poder.

¡Qué buen cuidado de hermano!  
De tales obligaciones  
en buen estado me pones;  
quiero besarte la mano.

¡Qué buen marido me das  
sirviendo toda mi vida  
a una ninfa bien prendida!  
Ya la imagino detrás  
y la doncella delante,  
y decirme, muy tirana:  
"Deja, Leonor, la ventana,"  
no queriendo que levante  
los ojos a ver pasar  
caballo, coche o carroza.  
Como si una mujer moza  
se pudiese consolar

de no ver lo que otros ven,  
habiéndose hecho los ojos  
si para llorar enojos  
para ver la luz también.

¿Es bien que esté en mi labor,  
y que ella todo lo mire;  
y en tanto que yo suspire,  
decir muy a lo señor:

"Qué bien a caballo va  
Sástago con sus soldados;  
lució en los toros pasados;  
bien visto en la corte está;  
bravos tudescos sacó."

Y yo en la sala, a lo fresco,  
que labre y mire en tudesco  
mientras el otro pasó.

Gallardos, de mar a mar,  
pasan el Duque y Marqués,  
la silla, el coche. ¿No ves  
que a pausas me ha de sangrar  
darme tentaciones tales?  
¿Sin ser mi padre me das  
madrastra? Mas no podrás;  
que hoy quiero que me señales  
monasterio y alimentos.

LUIS:

Tienes, Leonor, mil razones;  
que olvidan obligaciones  
amorosos pensamientos.

Estoy corrido de ver  
que me intentase casar;  
palabra te quiero dar  
de que no tendré mujer

antes que tengas marido,  
hallando sujeto igual.

LEONOR: Siendo rica y principal,  
¿tan desdichada he nacido,  
tan sin méritos estoy  
que de nadie soy mirada?

LUIS: Leonor, si alguno te agrada  
y es tu igual, licencia doy  
a que me digas quién es  
y la tengas de casarte.

LEONOR: No sé cómo acierte a hablarte.

LUIS: Si lo he de saber después,  
¿no es mejor saberlo agora?  
No te turbes. ¿Qué claveles  
son éstos, que tú no sueles  
tener conmigo?

INÉS: Señora,  
habla, que es linda ocasión.

LEONOR: Si te hablo claro, hermano,  
este caballero indiano  
me mira con afición,  
y criados de su casa  
a los nuestros han contado  
que ya un hábito le han dado,  
que a esto ha venido y que pasa  
su hacienda de nueve mil  
pesos de renta, que yo  
no le había visto.

LUIS: ¿No?

LEONOR: No,  
que aunque el amor es sutil,  
no pudo desde su reja  
penetrar mi celosía.

LUIS: Yo no quiero, hermana mía,  
que de mi amor tengas queja;  
fuera de que la afición  
que tengo a este caballero,  
ya de mis bodas tercero  
que no es poca obligación,  
concertará fácilmente  
las vuestras con gusto mío,  
que del tuyo bien confío  
que el concierto te contente.  
Porque quien la celosía  
dijo que no penetraba,  
claro está que le miraba  
si vio que el otro le vía.  
Huyeron de una pendencia  
dos, y el uno se alabó  
de que el otro se escondió,  
juzgando por diferencia  
el huír y el esconder,  
siendo todo cobardía;  
y así tú cuando él te vía  
también le pudiste ver.  
Pero no lo examinemos;  
él vendrá y yo le querré  
por cuñado; en cuya fe  
los cuatro nos casaremos.  
De suerte que, si cansada

es la cuñada, Leonor,  
quedarás, si no es mejor,  
con el cuñado vengada.  
LEONOR: Fío de tu entendimiento  
que lo sabrás disponer.  
De golpe tanto placer,

***Aparte a INÉS***

(¡Ay, Inés!, temo el contento,  
que también suele matar.  
INÉS: ¿Y Tello no tendrá aquí  
su papel?  
LEONOR: Dile. . .  
INÉS: ¿Qué?  
LEONOR: Di

que le comience a estudiar.  
Dame pluma y tinta luego;  
a don Juan escribiré  
lo que ha de decir. No sé  
cómo mi poco sosiego  
no dió enojo a don Luis.  
¡Oh bienes, aunque dichosos,  
siempre venís sospechosos  
cuando de prisa venís!)

***Salen Don JUAN y Don BERNARDO***

BERNARDO: Conozco la obligación.  
JUAN: A mi fortuna agradezco  
quitaros a vos cuidados  
y dar a Blanca remedio.  
BERNARDO: Sois mi amigo en que se cifra  
cuanto encareceros puedo;  
que una hermana a un hombre mozo  
es un insufrible peso;  
no habré tenido en mi vida  
mejor San Juan.  
JUAN: Y yo pienso  
que hoy está de gracia toda  
la luz del zafir eterno;  
alguna conjunción magna  
de benévolos aspectos  
influye fiestas, Bernardo,  
paces, gustos, casamientos.  
Tengo por feliz auspicio  
tratar el de Blanca en tiempo  
que la fortuna mayor  
mira bien al Sol y a Venus;  
de que procede también  
que siendo en el cielo inmenso  
Júpiter, señor del año,  
propicio a reyes y a imperios,  
ganados, trigos y frutos,  
paz y prósperos sucesos,  
el Júpiter español,  
también con igual contento,  
se muestre alegre esta noche;

y como del Rey sabemos  
que tiene Dios en sus manos  
el corazón, por lo mesmo  
el buen Rey tiene en las suyas  
los corazones del reino.  
No es noble, ni hombre de bien,  
quien no se alegra, pues vemos  
que del Sol viene la luz,  
como del entendimiento  
a las acciones del hombre  
la razón; y, fuera desto,  
dijo un ángel a los padres  
de San Juan, que el nacimiento  
de su hijo había de ser  
alegre al mundo universo.  
Luego alegrarse esta noche  
es justo, como decreto  
de Dios por boca de un ángel.  
Yo entré con un caballero  
a ver el sitio, Bernardo,  
donde esta noche veremos  
tres soles en una aurora,  
que son, sin Edipos griegos,  
Rey, Reina y Infantes; mira  
todo el problema deshecho.  
Del Conde de Monterrey  
el jardín, por los extremos  
que tiene al prado ventanas,  
dispuso el Marqués Crescencio,  
por orden del Conde Duque,  
desta suerte: un teatro en medio  
con más de trescientas luces,  
que han de competir ardiendo  
entre faroles de vidrio  
con duplicados reflejos  
a veinte y cuatro blandones,  
y, juntas ellas con ellos,  
a cuantas luces se asomen  
a las ventanas del cielo  
que como es fiesta, Bernardo,  
que le ha de tener por techo  
bordarále de diamantes,  
porque no parezca negro.  
Aquí, el primero en la dicha,  
representará Vallejo  
una comedia, en que ha escrito  
don Francisco de Quevedo  
los dos actos, que serán  
el primero y el tercero,  
porque el segundo, que abraza  
los dos, dicen que ha compuesto  
don Antonio de Mendoza.  
Pintarte estos dos ingenios  
era atrevimiento en mí  
y no fuera gloria en ellos;  
porque son tan conocidos,  
que sólo decirte puedo  
que, por partir el laurel,  
dividieron el Imperio.  
Veránla Sus Majestades

dentro de un verde aposento  
que forman arcos de flores;  
porque fué discreto acuerdo  
que todo fuese jardín  
adonde todo era cielo.  
De cortinas carmesíes  
los arcos se cubren dentro;  
que para tales retratos  
estrellas quisieron serlo.  
Tendrán su lugar los Condes  
y las damas, previniendo  
añadir cuadro al jardín  
con diferente pretexto.  
Porque en vez de ayudar todo  
con tanta fiesta deshecho,  
que del jardín, con más flores  
que hay en los campos Hibleos  
hoy en la Casa del Campo  
han visto los jardineros  
seis fuentes más, y es la causa  
que, con justo sentimiento,  
lloró de envidia del Prado,  
que aun hay en jardines celos,  
diciendo que le bastaba  
ser en verano e invierno  
ciudad portátil de coches  
con inmortales paseos.  
Y, afligido, Manzanares,  
que le pareció desprecio,  
juró que habían de verle  
en julio y agosto seco.  
Hay para damas tapadas  
dos teatros, al de en medio  
casi iguales, en que habrá  
disfraces de pensamientos.  
Por lo alto, como almenas,  
del jardín en cinco puestos  
previenen músicos voces,  
eco el aire, amor, silencio,  
porque parezcan en alto,  
de verdes olmos cubiertos,  
ruiseñores al aurora  
que alternan voces y versos.  
Hecha la primer comedia,  
harán colación, y luego  
la comodidad querrá  
pedir licencia y consejo  
a la autoridad cansada,  
y volverán a sus puestos  
los Reyes y los Infantes,  
con capas de color, ellos,  
y la Reina, con valona,  
quitándole al sol el cerco,  
que es mejor que el de abaninos,  
el de diamantes tan bellos.  
Las damas lo mismo harán;  
aunque, por falta de espejos,  
se miren unas en otras,  
cristales para de presto.  
Traerán valonas y tocas,

mantos de humo y sombreros;  
que los humos, de ser soles,  
aun allí querrán tenellos.  
Dicen que a todos darán  
abanillos, y con ellos  
búcaros de olor, en quien  
vaya por agua amor ciego  
al llanto de los galanes,  
que han de mirar encubiertos  
la fiesta, y por ver si amor  
descubre también deseos.  
Sentados, hará Avendaño  
una comedia, que creo  
es retrato desta noche,  
en cuyo confuso lienzo  
tomó Lope la invención,  
y se ha estudiado y compuesto  
todo junto en cinco días.  
Mas ¿para qué me detengo,  
sí, alegremente engañado,  
de tanta fiesta, no veo  
que dejo un amante noble,  
como esperando, temiendo  
la respuesta que de vos  
también en su nombre espero,  
que, sin presunción de engaño,  
favorable os aconsejo?  
Porque no puede hallar Blanca  
más honrado caballero;  
vos cuñado, amigo yo,  
si mañana amanecemos  
ella casada, vos libre  
de este peso, yo contento  
de que servir a los tres  
es obligación y es premio.

BERNARDO: A la mucha noticia que tenía,  
don Juan, dese gallardo caballero  
añade vuestro abono y cortesía  
cuanto gozar en la experiencia espero;  
daréle a Blanca, que es la prenda mía  
de más valor, y, agradecido, quiero  
emplear su hermosura en su nobleza,  
que la virtud es la mayor riqueza.

Y bien se echa de ver su entendimiento  
en no querer más dote que su gusto.

JUAN: Pues yo casar a doña Blanca intento,  
fiado estoy en que le viene al justo,  
lo menos dije de lo más que siento.

BERNARDO: Fuera en tanta amistad término injusto  
no ser don Luis como le habéis pintado.

JUAN: De sus partes estoy bien informado.

BERNARDO: Ya que el caballero la ocasión me ofrece,  
de cierta condición quiero advertiros,  
con que tendrá don Luis lo que merece  
y yo, Don Juan, el gusto de serviros.

JUAN: Decid cuanto sentís, cuanto os parece  
de mi proposición.

BERNARDO: Para deciros  
con llaneza y verdad mi pensamiento,

como a tan grande amigo, estadme atento.

Muchas fiestas, don Juan, a la Vitoria  
he visto entrar el cielo de una dama,  
descubriendo su sol manto de gloria  
y en nubes de humo la celeste llama;  
tanta inquietud ha puesto en mi memoria,  
que los amantes de la antigua fama,  
aunque fuesen Leandros, aunque Apolos,  
sombra no son de mis suspiros solos.

Tal gracia, tal donaire y bizarría,  
de tanta honestidad acompañada,  
parece que en cuidado puesto había  
a la Naturaleza descuidada,  
que como tantas cosas juntas cría,  
que no se advierte que repara en nada,  
aquí tomó de espacio los pinceles,  
con puntas de jazmines y claveles.

Cayósele una vez, don Juan, un guante;  
alcéle, y con turbada diligencia  
volví al marfil el velo, que un diamante  
rompió por no sufrir la diferencia;  
tomóle agradecida de semblante.  
¿Quién ha visto matar con reverencia?  
Pues cuando me acerqué y ella la hizo,  
en el sol de sus ojos me deshizo.

Este día, atrevido y confiado,  
en que mi amor había conocido,  
seguí su coche y pregunté a un criado  
su calidad, su casa y su apellido;  
al nombre de Leonor Solís y Prado,  
que respondió, dejándole florido,  
le repliqué con eso, cuando pasa  
el sol por el León el mundo abrasa.

Llegué a su calle, y supe que era hermana  
de ese don Luis; y así, don Juan, querría  
que en estas ferias, que el amor allana,  
me dé su hermana y le daré la mía;  
con esto queda, en lengua castellana,  
hecho el concierto en justa cortesía,  
pues en el dote vengo a conformarme,  
siendo el que yo le doy el que ha de darme.

JUAN:

(¿A quién jamás sucedió  
desdicha como la mía,  
que yo mismo persuadía  
lo mismo que me mató?  
¿Que busqué el veneno yo?  
¿Que yo mi homicida fuí?  
[.....]  
¿que yo vine a concertar  
en cuánto me ha de matar?  
¿Y que las armas les di?

Esto no fue culpa mía,  
sino de mi mala estrella;  
perdí a Leonor cuando en ella  
más esperanza tenía;  
fui como aquel que bebía  
en fuente donde mortal  
ponzoña dejó animal;  
que, como estaba sereno,

**Aparte**



no pude ver el veneno  
en fe de beber cristal.

Fui como rudo villano  
que, del nido codicioso  
del ruiseñor amoroso,  
puso en el áspid la mano;  
fui tahur, fuí diestro en vano,  
que aunque juegue y acometa,  
puntas tire, naipes meta,  
el que jugaba con él,  
menos sabio y más cruel,  
le dio con la misma treta.

¿Qué haré? Pues decir no puedo  
a Don Bernardo que adoro  
a Leonor, por su decoro  
y por tener justo miedo  
de su hermano, si bien quedo  
sin esperanza; morir  
es fuerza, pues a decir  
voy que a Bernardo la dé,  
si hasta decirlo podré  
después de muerto vivir.)

#### A él

Bernardo, pensando estuve,  
después que oí vuestro amor,  
si hablar a Blanca es mejor,  
que por eso me detuve;  
tal respeto siempre tuve  
al gusto de las mujeres.

BERNARDO: (¡Oh, pobre esperanza, hoy mueres!) **Aparte**

Don Juan, gente de valor  
para materias de honor  
no admite sus pareceres;  
que aunque es bueno su consejo,  
cuando la ciega pasión  
más con la misma razón  
que con ellas me aconsejo:  
ella es el mejor espejo  
a cuyas verdades paso  
el parecer deste caso,  
y Blanca no ha menester  
darme a mí su parecer,  
basta saber que la caso.

JUAN: No más, con eso me voy;  
mas bien será que la habléis.

BERNARDO: Luego que os vais.

JUAN: Bien haréis.

(¡Ay, cielos, muriendo estoy!) **Aparte**  
Con vos a la tarde soy,  
aunque es noche de San Juan;  
vos, como amante y galán,  
tendréis que hacer.

BERNARDO: No tendré;  
sólo esperando estaré  
si el bien que pido me dan.

**Vase don JUAN. Salen Doña BLANCA, dama y**

*ANTONIA, criada*

BLANCA:                 Pues, hermano, ¿qué quería  
don Juan, que se fue tan presto?  
BERNARDO:             Dame, Blanca, albricias.  
BLANCA:   ¿Yo?  
                           ¿De qué?  
BERNARDO:             De dos casamientos.  
BLANCA:                 ¿Dos por lo menos? ¿De quién?  
                           Que tan inquieto te veo  
                           que pienso que te has casado.  
BERNARDO:             Sí, por eso estoy inquieto;  
                           tú lo estarás por lo mismo;  
                           trocado hermanas habemos  
                           don Luis de Solís y yo;  
                           don Juan ha sido el tercero,  
                           que le debo esta amistad  
                           y este cuidado le debo.  
                           Tú serás de don Luis  
                           y yo de Leonor; no puedo  
                           detenerme, porque voy  
                           a prevenir dos plateros  
                           para darle ricas joyas;  
                           porque, en firmando el concierto,  
                           no me gane por la mano  
                           don Luis, que es gran caballero,  
                           y querrá, con regalarte,  
                           vencer, galán, mi deseo.

*Vase*

BLANCA:                 ¿Hase visto igual locura?  
                           Sin duda ha perdido el seso  
                           mi hermano.  
ANTONIA:                 Terrible nueva  
                           ha de ser para don Pedro  
                           el saber que te has casado.  
BLANCA:                 ¿Cómo casado? Primero  
                           perderé, Antonia, mil vidas.

*Sale don PEDRO*

PEDRO:                 Estando a tu reja atento  
                           vi que salía tu hermano,  
                           y a pedirte albricias vengo  
                           de que hoy han tenido fin  
                           mis pleitos en el Consejo;  
                           que este gusto, hermosa Blanca,  
                           animó mi atrevimiento  
                           para verte donde sólo  
                           con el pensamiento llego.  
                           Agora sí que pedirte,  
                           Blanca, a don Bernardo puedo,  
                           y, casados, a Navarra,  
                           gustando tú, nos iremos;  
                           que yo sé que ha de agradarte  
                           la hermosura de aquel reino.

Verás a Pamplona, adonde  
mi hacienda y mi regimiento  
te harán de aquella ciudad,  
y por tus méritos, dueño.  
¿Qué tristeza es ésta?

BLANCA: Ha sido,  
don Pedro, contrario el cielo  
a los pleitos de mi amor  
cuando propicio a tus pleitos;  
hoy mi hermano me ha casado.

PEDRO: Tan presto, Blanca, me has muerto  
que parece que traías  
el arcabuz en el pecho  
y que apuntándome al mío  
diste con la lengua fuego.  
¿Casada? ¿Con quién?

BLANCA: No sé.  
Aquí andaba un caballero  
sirviéndome, máspreciado  
de amante que de discreto.  
Tiene una hermana que adora  
Bernardo, y han hecho trueco  
de damas, como si entrambos  
jugaran al mismo juego.  
Yo, quiere que a don Luis  
(que por extremo aborrezco)  
pase, y Leonor a Bernardo.

PEDRO: De esa manera yo pierdo,  
y no menos que la vida.

BLANCA: No perderás, si yo puedo.

PEDRO: ¿Pues habrá remedio alguno?

BLANCA: Los jueces son remedio:  
que de iguales voluntades  
confirman los casamientos.

PEDRO: ¿Cumplirás tú lo que dices?

BLANCA: Ruido siento, y sospecho  
que si no es el desposado,  
debe de ser el tercero.  
Vete, y fía de mi amor,  
que no he de tener más dueño  
que don Pedro, mientras viva.

PEDRO: Mira que dicen que el viento  
lleva palabras y plumas.

BLANCA: Plumas y palabras quiero  
que firmen y que confirmen  
que ser tu mujer prometo.  
Esta es noche de San Juan;  
si voy al Prado, está cierto  
que los dos iremos juntos  
donde quien pudiere hacerlo  
nos dé las manos en forma  
de promesa y juramento.  
No te detengas aquí.

PEDRO: Quisiera...

BLANCA: Vete, don Pedro,  
que a mi determinación  
no quiero agradecimiento,  
que te han de faltar palabras;  
y basta, que yo le creo.

PEDRO: Bien dices, y pues mi alma

tienes, señora, en tu pecho,  
pregúntale allá de espacio  
lo que callo y lo que siento.

*Vanse. Salen LEONOR, INÉS, y  
TELLO*

LEONOR: Aun no me cabe en el pecho,  
tanto bien me ha de matar.  
TELLO: También el mar, con ser mar,  
es alguna vez estrecho.  
LEONOR: ¡Jesús! ¡don Juan mi marido!  
¿y con gusto de mi hermano?  
Poco estimo el bien que gano,  
pues que no pierdo el sentido.  
Debe de ser la ocasión.  
que como don Juan le tiene,  
corre el que de allí me viene  
por cuenta de su razón.  
INÉS: Y sa mesté, señor Tello,  
¿qué es lo que piensa de mí?  
TELLO: Que soy tuísimo, y fui  
bella Inés, del pie al cabello.  
Para servicio de Dios  
en casándose don Juan,  
y a las Indias, si ellos van,  
iremos también los dos.  
Verás a Lima, el mejor  
fruto de española empresa;  
lima, que al rey en la mesa  
no se la ponen mejor.  
Lima dulce de Filipos,  
que no lima de Valencias,  
que no le hacen competencias  
Nápoles y Pausilipos.  
Verás el Cerro, en grandeza  
ilustre, aunque dulce y agro,  
el gran Potosí, el milagro  
mayor de naturaleza.  
Cuyas entrañas y centro  
son una imagen de plata,  
piadosa fuera, e ingrata  
a los que la rezan dentro.  
Es, por las Indias, el Rey  
envidiado de los reyes,  
que entre sus bárbaras leyes  
conserva de Dios la ley.  
En esta tierra tan nueva,  
cuyo Dios [es] el oro y plata,  
que del mundo en cuanto trata  
fueron el Adán y Eva.  
Allí las piedras se ven  
de tantas minas sacar,  
y las perlas en el mar,  
blancas y pardas también,  
como dicen los poetas,  
que son quien las ve nacer.  
INÉS: ¿Cierto?  
TELLO: Puédeslo creer.

INÉS:                    ¡Qué mentiras tan discretas!  
TELLO:                   Espántome yo de quien  
no sabe que la poesía  
es moral filosofía  
y que se adorna también,  
                          como de sentencias graves,  
de fábulas, cuales son  
el Fénix, oposición  
del Sol, en drogas suaves.  
                          Dime: ¿quién oyó cantar  
al cisne? Pues desafortunada  
nacer al alba se advierte  
la perla en conchas del mar.  
                          ¿Quién sabe que si primero  
mira al Basilisco el hombre,  
le mata, trocando el nombre?  
¿Quién, cuando corre ligero  
por el mar un galeón,  
la rémora, le detiene?  
Pues esto misterio tiene,  
hermosura e invención.

INÉS:                    Calla, que viene don Juan.

***Sale don JUAN***

LEONOR:                Señor mío, yo esperaba  
vuestra venida, que estaba  
como las perlas están  
                          esperando su rocío;  
mas mirad que amanecéis  
oscuro, y que así pondréis  
como el vuestro el color mío.

JUAN:                    ¡Ay de mí!  
LEONOR:                ¿Cómo ay de mí?  
                          ¡Ay de entrambos, si por dicha  
nació de alguna desdicha  
que vos suspiréis así!  
JUAN:                    Leonor mía, yo os perdí.  
LEONOR:                ¿Eso cómo puede ser  
siendo yo vuestra mujer?  
JUAN:                    Porque jamás vi pesar  
que no viniese a pisar  
los pasos que da el placer.  
                          Sale el bien, y el mal detrás  
va sus estampas siguiendo.

LEONOR:                No os entiendo.  
JUAN:                    Ni yo entiendo  
que pueda decirte más.  
                          ¡Oh contento!, ¿dónde estás?  
TELLO:                   Sin duda algún triste caso  
le obliga.

LEONOR:                Mil muertes paso.  
JUAN:                    Si el mal te alcanza, ¿a qué vienes  
bien? Pero siempre los bienes  
fueron muy cortos de paso.

LEONOR:                Mil veces queréis matarme  
con tan declarada muerte.

JUAN:                    Es tan oscura mi suerte,

LEONOR: que no acierto a declararme.  
 Mi hermano quiere casarme  
 con vos. ¿Qué podéis temer?  
 Vuestra mujer he de ser.  
 JUAN: ¿Qué importa, Leonor hermosa,  
 si, para ser envidiosa,  
 es la fortuna mujer?  
 LEONOR: Ya no puedo yo sufrillo.  
 JUAN: Ni yo tan grave tormento,  
 pues no digo lo que siento  
 y me muero por decillo.  
 LEONOR: Ya, don Juan, me maravillo  
 desos respetos cansados;  
 decidme vuestros cuidados,  
 que si son bienes perdidos,  
 más que mataron sentidos  
 suelen matar esperados.  
 JUAN: No sé por dónde, mi bien,  
 pueda mi mal comenzar.  
 LEONOR: Por donde suele acabar,  
 que es saberse mal o bien.  
 JUAN: Bien dices; pero también  
 es cosa fuerte, por Dios.  
 LEONOR: ¿Por qué, sintiéndola vos?  
 ¿Es más que la muerte fuerte?  
 JUAN: Es más fuerte que la muerte.  
 LEONOR: Pues matémonos los dos.  
 JUAN: Yo, sí, con tanto pesar.  
 TELLO: ¡Inés!  
 INÉS: ¿Qué quieres decir?  
 TELLO: Que pienso que han de pedir  
 el recado de matar.  
 LEONOR: Mi hermano. . .  
 JUAN: Aquí es fuerza hablar,  
 y sabrás males que, iguales,  
 no lo son los más mortales.  
 LEONOR: Cruel avariento eres.  
 ¿Qué harás del bien, si aun no quieres  
 partir conmigo los males?

**Sale Don LUIS**

LUIS: Don Juan, ¿ha venido ya?  
 JUAN: Aquí os estaba esperando.  
 LUIS: Mucho os debo.  
 JUAN: No, es muy poco.  
 LUIS: ¿Qué responde don Bernardo?  
 JUAN: Una cosa bien notable.  
 LUIS: ¿Cómo?  
 JUAN: Que está enamorado  
 de la señora Leonor,  
 y que así podréis trocaros,  
 ahorrando el dote, si sois  
 a un mismo tiempo cuñados.  
 LUIS: Eso me viene de perlas.  
 JUAN: Perlas significan llanto.  
 LUIS: Porque siendo doña Blanca  
 buena para mí, su hermano  
 es bueno para Leonor.

JUAN: Y es el argumento claro;  
no hay sino trocar hermanas.

**A INÉS**

TELLO: (No he visto tan mal cruzado  
en cuantos bailes se han hecho;  
porque le yerran entrambos;  
que Leonor quiere a don Juan,  
y si en esto no me engaño,  
Blanca no quiere a don Luis;  
luego no es baile acertado.

INÉS: Muchas melindrosas vemos,  
y después todos los años,  
paren como unas conejas.

TELLO: Es buen año de gazapos.

INÉS: Lástima tengo a mi ama.

TELLO: Y yo mayor a mi amo,  
pues dices que ha de parir  
y él ha de morir de parto;  
pues partiéndose a Sevilla,  
morirá cuando partamos.

INÉS: ¿Cuál hombre murió de amor?

TELLO: De amor, no; mas de hambre tantos  
que aun no los mata la muerte,  
que ellos se mueren de flacos;  
este año no habrá gallinas.

INÉS: ¿Cómo?

TELLO: Porque los salvados  
que habían de comer comemos.

INÉS: Ya llueve el cielo milagros.

LUIS: En fin, ¿quedastes en esto?

JUAN: En esto, don Luis, quedamos,  
y hoy se harán escrituras.

LUIS: Vuestra tristeza he notado  
en que no me habláis con gusto.  
¿Qué es la causa? ¿Fáltaos algo?  
Mi casa y mi vida es poco  
para serviros.

JUAN: Estando  
alegre de vuestras bodas,  
un pliego, don Luis, me han dado  
que me obliga a que me parta  
a Sevilla a cierto caso  
de importancia, y aun de pena;  
sin esto dejo un cuidado  
que en este lugar tenía;  
que ya como amigo os hablo.

LUIS: Pésame, pues este día  
en que os conozco y os trato  
os pierdo.

JUAN: No perderéis,  
que, a tanto amor obligado,  
toda vuestra casa llevo  
en el alma.

LUIS: Mucho tardo  
en pedirte el parabién.

LEONOR: ¿Qué parabién, si has quebrado  
la palabra que me diste

de no casarte hasta tanto  
que me casases a mí?

LUIS: Sí la cumplo. ¿En qué te engaño?  
A don Bernardo te doy,  
con don Bernardo te caso,  
don Bernardo es caballero,  
don Bernardo es mi cuñado.  
¿De qué te quejas, Leonor?

LEONOR: Deja tantos don Bernardos,  
que no le querré en mi vida,  
si como fue Veinticuatro,  
don Bernardo, de Sevilla,  
fuera Bernardo del Carpio.

LUIS: ¿Por qué?

LEONOR: Porque no es mi gusto.

LUIS: ¿No es tu gusto? Leonor, paso.

LEONOR: Pues descártate de novio,  
y pasemos entrambos  
a otra mano nuestros gustos.

LUIS: Tu padre soy.

LEONOR: Ni aun mi hermano.

LUIS: Mira que está aquí don Juan.

LEONOR: Por él lo que siento callo.

LUIS: Presto quedaremos solos,  
que andas muy libre.

LEONOR: Yo ando  
como debo a quien yo soy.

**Vase. Al salir Don JUAN, ásele Doña  
LEONOR**

LUIS: Venid, don Juan.

LEONOR: Oye, ingrato.

JUAN: ¿Ingrato yo?

LEONOR: Sí.

JUAN: ¿Por qué,  
si te casas?

LEONOR: ¿Yo me caso?

JUAN: ¿Pues eso quieres negar?

LEONOR: ¿Y puedo yo confesarlo?

JUAN: Mira que se va don Luis  
y vuelve de cuando en cuando  
la cabeza a ver si voy.

LEONOR: ¿Qué importa?

JUAN: ¿Estás loca?

LEONOR: Y tanto,  
que le diré que por ti,  
si te vas.

JUAN: No hay desengaño  
para consolar mi amor.  
Ya vuelve, suéltame.

LEONOR: Aguardo  
a que me mate.

JUAN: Yo juro  
de no irme.

LEONOR: ¡Ay, hombres falsos!

TELLO: Inés, adiós.

INÉS: ¿Lloras?

TELLO: No.



INÉS:                   ¿Pues que?  
TELLO:                   Tomaba tabaco.

*Vanse*

**FIN DEL PRIMER ACTO**

## ACTO SEGUNDO

---

*Salen Doña BLANCA y ANTONIA*

BLANCA: Largo día.  
ANTONIA: Temerario.  
BLANCA: Nunca le he visto mayor.  
ANTONIA: Es, en secretos de amor,  
la luz el mayor contrario.  
BLANCA: ¡Ay, noche, que siempre en ti  
libra amor sus esperanzas,  
corre, que si no le alcanzas  
no queda remedio en mí!  
Apresura el negro coche  
donde las mías están,  
ya que fuiste de San Juan,  
que es la más pública noche.  
De Europa, en el mar te baña  
sobre el amoroso toro,  
y ven con máscara de oro  
desde las Indias a España.  
Si, coronada de rosas,  
esperan otros amantes  
la aurora, yo los diamantes  
de tus alas perezosas.  
Despierta, noche, que estoy  
sin vida por ti. ¿Qué aguardas?  
Pero tanto más te tardas  
cuanto más voces te doy.  
ANTONIA: Haste aliñado tan presto,  
que has hecho mayor el día.  
BLANCA: Previene amor la osadía,  
y él me ha vestido y compuesto;  
que ya mi hermano ha sabido  
que quiero salir al Prado,  
porque con esto, engañado,  
no repare en el vestido.  
¿Has avisado al cochero?  
ANTONIA: ¿A las cuatro de la tarde  
le he de avisar?  
BLANCA: ¡Qué cobarde  
me entretiene el bien que espero!  
Todo pienso que ha de ser  
estorbo a mi pretensión.  
ANTONIA: La misma imaginación  
no te deja entretener.  
Suspende sólo un momento  
al pensamiento el cuidado.  
BLANCA: Ya pienso, y lo que he pensado  
es el mismo pensamiento.  
¿Aguardaré desta suerte  
a don Pedro?  
ANTONIA: Tal estás,  
que, con ser mujer, me das  
mis ansias de hablarte y verte.

BLANCA:                   ¿Tendrá mi propio cuidado  
don Pedro?

ANTONIA:                   En la calle está.

BLANCA:                   ¿Podrá verme?

ANTONIA:                   Bien podrá;  
pero no será acertado.

BLANCA:                   ¿Si vio hacer las escrituras?

ANTONIA:                   Todo pienso que lo vio.

BLANCA:                   ¿Y quieres que tenga yo  
mis esperanzas seguras?  
Yo muero, y la noche duerme,  
¡ay de mí!

ANTONIA:                   Sosiega un poco.

BLANCA:                   Mejor podrá mi amor loco  
matarme que entretenerme.

ANTONIA:                   Toma un libro que hay aquí  
de comedias.

BLANCA:                   ¿Para qué?  
Pues si es de amores, yo sé  
que él puede buscarla en mí.  
¿No has visto aquellos afectos  
tan vivos de dos amantes?  
Pues di a los representantes  
que vengan a hurtarme afectos.

ANTONIA:                   A lo menos tú pudieras  
imitar sus relaciones  
con que tus locas pasiones,  
amorosa, entretuvieras.

BLANCA:                   Bien dices, y tú serás  
la criada de la dama.

ANTONIA:                   Di, que ya el vulgo te aclama,  
si acción a los versos das.  
porque en muchas ocasiones  
que prevenirle pretende,  
celebra lo que no entiende  
no más de por las acciones.

BLANCA:                   Una mañana de abril,  
cuando nueva sangre cobra  
cuanto en tierra, en aire, en agua  
o corre, o vuela, o se moja;  
cuando por los secos ramos  
nuevo humor pimpollos brota,  
en cuyas pequeñas cunas  
están los frutos sin forma;  
cuando filomenas dulces  
cantan, y piensan que lloran,  
haciendo músicos libros  
de los álamos las copas  
con achaques del color  
(invención de gente moza,  
que contra el recogimiento  
tal vez por remedio toma)  
bajé a la Casa del Campo,  
cuando la celeste concha,  
abierto el dorado nácar  
flores bañaba en aljófara.  
Llevaba por compañía  
esas dos esclavas solas,  
que por el color pudieran

servir para el sol de sombra.  
Tuve licencia de entrar,  
y entre los cuadros que a Flora  
viste de tomillo el arte  
lazos de sus verdes orlas,  
anduve mirando fuentes  
que despeñadas se arrojan  
de la altura en que se crían  
a lo llano, en que se postran.  
Las nuevas rosas cogía  
de las ramas espinosas  
tan doncellas, que aun guardaban  
la clausura de las hojas.  
Las que mostraban color  
abríalas con la boca,  
trocando aliento con ellas  
por quedarme con la copia.  
Miraba otra vez atenta  
aquella estatua famosa  
del nieto de Carlos Quinto,  
que ya los cielos coronan;  
padre de nuestro divino  
monarca y señor, que adoran  
dos mundos, por quien España  
tantas esperanzas logra,  
y aquel valiente caballo,  
que renueva la memoria  
del que llevaron los griegos  
fatal engaño de Troya,  
tan vivo, que imaginaba  
que escuchara temerosa  
los relinchos por Atlante  
de tanta grandeza heroica.  
Un obelisco de mármol  
no lejos, por unas diosas  
y sátiros vierte plata  
sobre las inquietas ondas.  
Hay unos olmos enfrente,  
que de yedras trepadoras  
han hecho eternos vestidos,  
galas de su verde pompa.  
Allí me senté cansada,  
cuando por la senda propia  
vino don Pedro a matarme,  
que yo no pienso otra cosa.  
Mira tú si son estrellas  
las que las almas provocan;  
pues se me turbó la mía  
con unas nuevas congojas.  
Aquí puedes tú pensar  
qué palabras, qué lisonjas  
me diría, cuando a un hombre  
la soledad ocasiona.  
Allí entró por las esclavas,  
esto del sol y la sombra,  
y que tras la noche negra  
venía la blanca aurora.  
Que era yo la primavera,  
y que presidiendo a todas  
las flores, las repartía

colores blancas y rojas.  
Oíle, y vi ser verdad,  
que no importa que la honra  
sea diamante, cuando hay cera  
por donde ternezas oiga.  
Como si le hubiera visto  
y concertado las horas  
que había de estar allí,  
hace que a los pies me pongan  
una toalla, dos cajas,  
ésta azahar, aquélla alcorzas.  
Y muy hallado conmigo,  
suena la música ronca  
en un cubo que traía  
su poco de cantimplora  
(y de plata, por lo menos).  
Y quitándole a una bota,  
de aquello que a un hombre afrenta  
una torneada gorra,  
enjuaga un criado aprisa  
una cristalina copa  
y me brinda el tal galán,  
como si fuera su novia.  
Para este brindis había  
una colorada lonja,  
por quien Garrobillas hace  
que gasten tantas arrobas.  
Yo atónita del suceso  
y del hombre estaba absorta,  
y comiendo por los ojos,  
aun no acertaba a la boca.  
Acabóse aquesta fiesta  
y comenzamos por otra,  
que fue pedirme una mano.  
(Tengo por cosa notoria  
que compañeros de mesa  
luego apelan a las bodas.)  
Allí le dije quién era,  
y él, la cara vergonzosa,  
retira la mano al pecho  
y el pensamiento reporta.  
Pidióme perdón, humilde,  
y perdonéle, amorosa;  
que quien ofensas desea,  
a pocos ruegos perdona.  
Y en tanto que los criados  
(hallados ya con las moras,  
que, al ejemplo de los dueños,  
fácilmente se conforman)  
de segunda mesa estaban  
atentos a lo que sobra,  
presumiendo que tenían  
para su señor señora.  
Con notable cortesía,  
me contó de su persona  
y casa, bien cuerdamente,  
una bien trazada historia.  
Allí supe de sus pleitos,  
que no era jornada ociosa  
supe su nombre, y su patria

que era, en Navarra, Pamplona.  
Con esto se iba encendiendo  
del sol la dorada antorcha;  
con que me volví a la villa,  
y él de mi casa se informa,  
donde papeles, deseos  
y terceras amorosas  
de mi voluntad le dieron  
la merecida victoria.  
Tú sabes ya lo demás.  
Este fué el principio, Antonia,  
de este suceso, a quien ya  
sólo para ser su esposa  
me falta que aquesta noche  
sus estrellas me socorran.  
Y no más, porque mi hermano  
de ver su cuñado torna.  
Amor, si eres dios, ¿qué esperas?  
Así olorosos aromas  
te sacrifiquen amantes  
que favorezcas ahora  
mi pretensión, pues es justa,  
para que yo reconozca  
que remuneras las penas  
con las merecidas glorias.

*Sale don BERNARDO*

BERNARDO: En el hábito en que estás  
y en la corta bizarría  
echo de ver, Blanca mía,  
que esta noche al campo vas.  
¿Quieres hacerme un placer,  
pues que yo te dejo ir?

BLANCA: ¿En qué te puedo servir?

BERNARDO: Merced me puedes hacer.  
Vete en cas de mi Leonor,  
pues que ya somos hermanos,  
y besarásle las manos;  
paga, que es justo su amor;  
y las dos os podréis ir  
juntas esta noche al Prado.

BLANCA: Tú verás con el cuidado  
que yo la voy a servir.

BERNARDO: Yo te daré que la lleves,  
como que es tuya, una joya.

BLANCA: ¡Bravo amor!

BERNARDO: ¡Ardese Troya!  
muestra el amor que me debes.

BLANCA: ¿Dónde está la joya?

BERNARDO: Ven  
y escoge de las que traigo.

BLANCA: ¿Tú liberal? Mas ya caigo,  
Bernardo, en que quieres bien.

(Los cielos me dan favor  
contra el mayor enemigo.

**Aparte**

BERNARDO: ¡Qué murmuras, Blanca?

BLANCA: Digo  
que es muy hermosa Leonor.

BERNARDO: Dila mil cosas de mí,  
que quiero que la enamores.  
BLANCA: Toda esta noche es de amores.  
¡Oh, si amaneciese así!

**Vanse. Salen Doña LEONOR e  
INÉS**

LEONOR: No trates de consolarme,  
que es consolarme ofenderme.  
INÉS: ¿Adónde vas?  
LEONOR: A perderme.  
INÉS: ¿Qué piensas hacer?  
LEONOR: Matarme;  
que no puede remediarme  
sino la muerte en tan fuerte  
desdicha.  
INÉS: Señora, advierte. . .  
LEONOR: No tienes que me advertir,  
que el más penoso morir  
es dilatando la muerte.  
¡Ausentarse nos bastaba  
don Juan, que es luz de mis ojos,  
sin añadir los enojos  
de una violencia tan brava!  
Si mi hermano se casaba,  
¿por qué me casaba a mí?  
Pero si a don Juan perdí,  
saldrá don Luis con matarme,  
mas no saldrá con casarme,  
puesto que haya dado el sí.  
Cáñsesen en locos intentos,  
más que el mar deshace espumas,  
que dagas no son las plumas  
que firman los casamientos;  
antes son los fundamentos,  
cuando no los junta amor,  
para apartarlos mejor;  
y esto de daga de hermano  
es tempestad de verano:  
poco rayo y gran temor.  
INÉS: ¿De qué te espantas que huya  
de verte casar don Juan,  
puesto que tan cerca están  
de que todo se concluya?  
LEONOR: A ser firmeza la suya,  
él viera que no podía  
vencer la muerte a la mía;  
mas como no la hay en él,  
por no matarme cruel,  
inconstante se desvía.

**Sale TELLO, de camino**

INÉS: ¿Quién viene aquí?  
TELLO: ¿No lo ves?  
INÉS: ¿Es Tello?  
TELLO: Linda razón,

Echame la bendición  
y dame, Leonor, los pies.

LEONOR: ¿Qué es esto?

TELLO: Partir, Señora.

LEONOR: ¿Partir? ¿Con tal brevedad?  
No tiene de sí piedad,  
Tello, quien se aparte agora,  
pues víspera de San Juan.

TELLO: Somos de Mantua marqueses,  
que por los ríos franceses  
la caza buscando van.  
Los tiempos son calurosos;  
pienso que Sierra Morena  
nos ha de dar mala cena,  
aunque hay conejos famosos;  
si bien no tienen igual  
con el Parque de Madrid.

LEONOR: Partid, ingratos, partid,  
para qué dejéis mortal  
una mujer que engañastes.

TELLO: ¿Yo, señora?

LEONOR: Sí, los dos;  
que habéis de dar cuenta a Dios  
del daño que me causastes.

TELLO: De Inés vaya, mas ¿de ti?

LEONOR: Tú, traidor, fuiste el primero  
pintándome caballero  
a un ladrón.

TELLO: ¿Ladrón?

LEONOR: Sí.

TELLO: ¿Sí?  
Antes hasta el nombre tiene  
hurtado.

LEONOR: Eso digo yo;  
que quien hasta el nombre hurtó  
este nombre le conviene.

TELLO: Pues yo tengo imaginado  
que fuera, Leonor discreta,  
mejor para ser poeta,  
porque fuera todo hurtado.  
Mas sé, que si visto hubieras  
lo que este pobre ha pasado,  
que restituyó lo hurtado,  
y aun lo por hurtar, dijeras.  
Ha hecho cosas crueles  
consigo, y tanto lloró,  
que pienso que jabonó  
con lágrimas tus papeles.  
No ha comido ni he podido  
hacer que tome un bizcocho;  
que hoy, Leonor, desde las ocho  
ayuna al partir Cupido.  
Allá, con razones tibias,  
dice que muere en tu fe,  
por más que le prediqué  
en un púlpito de Esquivias.  
Cuando vió traer las mulas,  
campanillas de un ausente  
(no sé cómo este accidente  
sin lágrimas disimulas),



la manga desabotona  
del jubón y rompe aprisa  
la trenza de la camisa.  
No de romana matrona,  
sino de Scévola brazo,  
toma un cuchillo; yo corro  
al socorro, y el socorro  
se me volvió puntillazo,  
con que dando en un baúl  
en esta pierna, al contrario,  
un hábito trinitario  
traigo entre rojo y azul.

Luego, por huir, topé  
con la esquina de un bufete,  
que es bufón que se entremete,  
o golpe o estorbo fué,  
y metióme en la barriga  
la esquina de tal manera,  
que dando pasos afuera  
anduve de viga en viga,  
hasta que di sobre un arca,  
adonde sin ser yo mona,  
haciéndome de corona  
vine a quedar por monarca.

LEONOR: Y el cuchillo, ¿en qué paró?  
TELLO: Que, sin mandarlo Avicena,  
del corazón en la vena  
con la punta se picó.

Mojó en la sangre una pluma,  
y apercibiendo papel,  
escribió con ella en él  
de sus desdichas la suma.

Pelícano, en fin, Leonor,  
si no cernícalo, ha sido,  
que estoy, por mal prevenido,  
baldado de cazador.

LEONOR: Muestra, aquí dice: "Estas son  
hoy de mi fe las postreras  
reliquias." Alma, ¿qué esperas?  
Voy a echarme del balcón.

INÉS: ¿Señora?

TELLO: ¡Señora!

INÉS: Tente.

TELLO: Detente.

INÉS: ¿Estás loca?

LEONOR: Sí.

Mataréme desde aquí  
luego que don Juan se ausente.

Por eso dile que venga  
a verme, o que muerta soy.

TELLO: Espera, yo iré, ya voy.

LEONOR: Pues venga, y no se detenga,  
que si en la mula le veo,  
me arrojaré del balcón.

TELLO: Caerás en el pozo airón.

LEONOR: ¿Qué infierno como un deseo?

TELLO: ¡Oh, Hero, de gran valor!

¡Oh Leandro, que nadando  
vas en una mula, cuando  
navegas el mar de amor! (Vase.)

INÉS: Impertinente has estado  
en este necio coloquio.  
LEONOR: Pues escucha un soliloquio,  
de mis desdichas traslado.  
INÉS: No, por Dios, que son efetos  
de menos satisfacción  
y quitarás de invención  
lo que gastes de concetos.  
Poco más o menos, sé  
cuanto me puedes decir.

*Salen Don JUAN, de camino, y TELLO*

JUAN: ¿Que no me puedo partir?  
TELLO: Ya no es posible.  
JUAN: ¿Por qué?  
LEONOR: ¡Jesús! ¿don Juan de camino?  
INÉS: Desmayóse.  
TELLO: Llega presto.  
JUAN: Buenas andan mis desdichas,  
buenos van mis pensamientos.  
¡Leonor!, ¡ah, Leonor!  
TELLO: Murióse.  
JUAN: ¿Cómo murióse? En los cielos  
(si hay soplo que a tanto baste)  
se morirá el sol primero.  
Aquí, estrellas, que se eclipsa  
la luna deste hemisferio.  
Si soy la tierra, ¡ay de mí!,  
que vine a ponerme en medio.  
Aquí, celestiales luces,  
hermoso planeta Venus,  
que no habrá amor en el mundo  
y será su fin más presto.  
Aquí, polos, que tenéis  
de los cielos el gobierno,  
diamantes desenclavados  
de aquellos dorados techos.  
Primavera, que se mueren  
las rosas, acudid presto.  
Campos, mirad que os espera  
un luto de eterno invierno.  
Excelsos montes de nieve  
ésta falta en vuestros puertos,  
¡adónde iréis por blancura  
que encubra vuestros defetos?  
Dadme esas manos, mi bien,  
¡es posible, hermoso hielo,  
que no te despierta Fénix,  
el sol de mi ardiente fuego?  
¡Ay, elementos, haced  
llanto! El aire, por su aliento  
aromático; las aguas,  
por el cristal de su pecho;  
la tierra, por tantas flores,  
y por tanta luz, el fuego.  
Ea, ¿qué aguardáis? Venid,  
sol, estrellas, luna, Venus,

polos, montes, nieves, campos,  
 agua, fuego tierra y vientos.  
 Pues esto sufrís, cielos,  
 ya el mundo se acabó, su sol se ha muerto.

TELLO:  
 Nunca te he visto ensartar,  
 con relámpagos y truenos,  
 tantos desatinos juntos.

JUAN:  
 Pues ¿qué quieres, si no veo  
 señal de cielo en sus ojos,  
 señal de azahar en su aliento?  
 Oh, nunca pasara el mar,  
 o al través diera mi leño  
 en la canal de Bahama;  
 fuérase a pique hasta el centro  
 el navío en que venimos  
 sepultara el mar mi cuerpo.

TELLO:  
 ¿Y qué hicieran a Leonor  
 los demás que estaban dentro,  
 viniendo a lograr a España  
 sus trabajos y sus pesos?  
 ¡Por Dios, que había de pedir  
 prestada para aquel tiempo  
 su ballena al buen Madrid  
 para meterme en su pecho!

JUAN:  
 Quéjate, España, de mí,  
 que a Colón he sido opuesto;  
 que él trujo a España las Indias  
 y yo sin Indias la dejo.  
 Aquí la plata y el oro,  
 para siempre se perdieron,  
 las piedras y los diamantes.

TELLO:  
 Ea, di que marineros  
 y maestros y pilotos  
 aprendan oficios nuevos;  
 que buenas quedan las Indias,  
 si quedan, por tus enredos,  
 sin Cerro de Potosí,  
 que vale infinitos pesos.

JUAN:  
 Tello, yo no quiero vida;  
 yo no quiero vida, Tello.

TELLO:  
 Pues, ¿quién te ruega con ello?

JUAN:  
 Ya no me queda remedio.  
 Pues esto sufrís, cielos,  
 ya el mundo se acabó, su sol se ha muerto.

**LEONOR vuelve en sí**

LEONOR:  
 ¿Qué es esto, Inés? ¿Quién da voces?

INÉS:  
 Albricias, señor, que ha vuelto  
 del desmayo.

JUAN:  
 ¡Leonor mía!

LEONOR:  
 ¿Quién me llama?

JUAN:  
 Ya volvieron  
 el sol, la aurora, y el día,  
 cielos, a su ser primero.

LEONOR:  
 Atenta, cruel don Juan,  
 a tus engaños, que han hecho  
 sirenas del mar de amor  
 mis desdichas y tu ingenio;

no te quise interrumpir,  
por ver si en tantos enredos  
hallaba alguna verdad,  
de tu sentimiento ejemplo.  
Pero si alguna lo ha sido,  
¿qué furia, qué movimiento  
de tu condición mudable  
te lleva a matarme, haciendo  
culpa la firmeza en mí  
con que te adoro y respeto?  
Que quien los respetos culpa,  
no quiere estimar los yerros,  
porque temerá que se hagan  
quien se ha de obligar con ellos.  
No es culpa la que procede  
de la fuerza, ni yo tengo  
más ley que tu voluntad,  
más fe que tu pensamiento.  
Dime tú, pues que de mí  
te dió el cielo el mero imperio:  
"Leonor, en esta desdicha  
este remedio tenemos";  
que si fuere atropellar  
vida, honor, hermanos, deudos,  
patria, y aun alma, aquí estoy.  
¿Es eso cierto?

JUAN:

LEONOR:

Y tan cierto  
que no hay a la ejecución  
un átomo solo en medio.  
Pues dame esa mano, y vamos  
donde firme juramento  
para siempre nos obligue,  
que ya con su manto negro  
nos viene a cubrir la noche,  
y sin ser vistos podremos  
salir, llegar y jurar;  
que depositada luego,  
en voluntades conformes,  
¿qué importan fuerzas ni pleitos?  
Inés, toma tú mis joyas,  
y cuando aquí vuelva Tello  
venid entrambos adonde  
él te enseñe y yo te espero.  
¿Es amor esta locura?  
¿Es lealtad este deseo?  
¿Es verdad esta fineza?

LEONOR:

JUAN:

Tú, como del alma dueño,  
te responde. Tello, vamos,  
que esta noche por lo menos  
sí se alabare del hurto,  
no del prestado silencio,  
que entre tanta gente y voces  
seguros, señora, iremos,  
que lo que suele estorbar,  
sirve agora de remedio.  
Si dejar por su marido  
casa y padre es ley del cielo,  
¿a quién ofendo en dejarlo,  
pues hoy al cielo obedezco?

*Vanse los dos*

TELLO: Plegue a Dios que no tengamos mal San Juan.

INÉS: ¡Ay, Tello, temo la condición de su hermano; que ser don Juan caballero de tanto valor, no importa, pues con este casamiento el de Blanca queda en blanco; fuera de no ser bien hecho sacarle su hermana así.

TELLO: No quiso hablar mi escarmiento; que si por lo del cuchillo me vi entre sus manos muerto, con esta ocasión ¿qué hiciera? ¡Oh, amantes!: ¿Qué atrevimiento perdona vuestra locura? Voy a seguirlos, que pienso que habrá menester las manos.

INÉS: Yo, Tello, entretanto, quiero sacar joyas y vestidos.

TELLO: Yo vendré por ti y por ellos.

*Vase TELLO. Sale Don LUIS dirigiéndose a alguien dentro*

LUIS: Di, Fernando, a Marcial que saque el coche porque es breve la noche, y la puedan gozar en Soto o Prado.

INÉS: (Don Luis es éste; toda me ha turbado.) **Aparte**

LUIS: Inés, ¿adónde está Leonor, mi hermana? Que querría que fuese por mi esposa para que juntas esta noche hermosa (pues hace competencia al mejor día) comenzasen tan dulce compañía en músicas, en álamos y en fuentes.

INÉS: No habéis estado en eso diferentes, que ya, señor, tu pensamiento hurtado por ella fué para llevarla al Prado.

LUIS: ¡Oh qué placer me ha hecho, al fin discreta! ¿Qué paz puedo esperar que no prometa anticiparse a visitar a Blanca? Hoy le pienso añadir, con mano franca, dos mil escudos más.

INÉS: Eres gallardo.

LUIS: Dile, si aquí viniere don Bernardo, que ella y Leonor al Prado juntas fueron, pues tengo por sin duda que se vieron.

*Vanse, y salen don JUAN, TELLO y LEONOR, ella con capotillo, sombrero y enaguas*

JUAN: No fue Paris más contento a embarcarse para Troya con aquella griega joya que yo contigo me siento,

ni de aquel robo violento  
de Briseida y Hesión,  
Aquiles y Telamón,  
ni Saturno con Filira,  
ni Neso con Deyanira,  
ni con Medea Jasón.

Que aunque la gloria de verte  
en mi poder es tan alta,  
que solamente le falta,  
bella Leonor, merecerte,  
pudiera, a no ser tan fuerte  
de tu afición el valor,  
que se atreviera al honor;  
mas llegar una mujer  
a no tener que temer,  
pasa a cuanto puede amor.

Sólo me ha causado pena  
la confusión de la gente  
atrevida e insolente,  
que por todas partes suena.  
La plaza de luces llena,  
¿cómo estará sin testigo  
donde lo es el más amigo?  
No sé qué calle seguir;  
que mal me puedo encubrir  
llevando mi sol conmigo.

LEONOR:

Aunque pretende el temor  
vencer la dulce osadía  
de mi amor, con más porfía  
vuelve a la batalla amor.  
Ya no temo su rigor,  
porque llegar a temer  
era dejar de querer,  
y no quiero yo dejar  
de quererte por hallar  
disculpa de ser mujer.

Toda nuestra cobardía  
hasta los peligros es,  
teme el ser; pero después  
se convierte en valentía  
en la primer osadía  
de una mujer que hoy lloramos,  
culpadas todas estamos  
mas cuantas después nacimos,  
aquel daño que os hicimos  
con estos yerros pagamos.

El que yo contigo espero  
como castigo me alcanza,  
que nos queréis por venganza  
de aquel engaño primero;  
pero yo, don Juan, te quiero  
(con ánimo de perder  
la vida) tanto, que el ser  
en hombre viene a mudarse,  
porque hasta determinarse  
es una mujer mujer.

TELLO:

En vano el tiempo gastáis  
donde el peligro os avisa  
que en el espacio a la prisa  
vuestro remedio libráis;

ya que en la estacada estáis,  
vencer importa el morir.  
 JUAN: Cuanto me puedes decir,  
Leonor, de tus obras creo.  
 TELLO: Por esta calle es rodeo,  
por ésta podemos ir.  
 JUAN: Yo pienso que favorece  
la confusión nuestro engaño.  
 LEONOR: Sólo el conocerme es daño,  
que en tanto bien me entristece.  
 JUAN: Tanto el alboroto crece,  
que ya parece locura.  
 TELLO: Por eso mismo procura  
tanta dama, tanto coche,  
hacer que tenga esta noche  
por variedad hermosura.

**Tres mozos con capas de color, broqueles y espadas:  
OCTAVIO, MENDOZA, y CELIO**

OCTAVIO: ¡Bravo altar!  
 MENDOZA: Es muy Bautista  
aquella dama, aunque pasa  
no por desierto su casa,  
según cierto coronista.  
 CELIO: La oración, desa manera,  
no será para casarse.  
 OCTAVIO: ¿No es linda?  
 MENDOZA: Con enmoñarse,  
siendo otoño es primavera.  
 CELIO: El vestido mucho ayuda.  
 MENDOZA: ¿Nunca se ha de desnudar?  
¿Ha la de andar a buscar  
el galán si se desnuda?  
 OCTAVIO: Notable pontifical  
en esta edad viene a ser  
un vestido de mujer.  
 CELIO: No hay en el mundo caudal  
para chapines y randas,  
pero todo lo merecen.  
 MENDOZA: Brava guerra nos ofrecen  
con las celadas y bandas.  
 OCTAVIO: Allí va cierto gazmonio  
con su servicio.  
 CELIO: ¿De quién?  
 OCTAVIO: Del diablo.  
 CELIO: Tratalde bien,  
que puede ser matrimonio.  
 MENDOZA: ¿Ah, señor, el de la ninfa?  
¿es de Esgueva o Manzanares?  
 JUAN: Calla, Tello, y no respondas.  
 TELLO: No tendrá paciencia un ángel.  
 CELIO: ¿Es alquilada o es propia?  
 OCTAVIO: ¿Dónde la lleva el bergante?  
 MENDOZA: ¿Cómo no lleva tendidos  
los cabellos virginales?  
Que crecen mucho esta noche,  
según los viejos romances.

OCTAVIO: No es de mal monte la leña,  
pues entre dos se reparte.  
CELIO: ¡Cómo calla el socarrón!  
MENDOZA: ¿Qué os espantáis de que calle,  
si está enseñado a callar?  
TELLO: ¿Esto quieres tú que pase?  
JUAN: Calla, Tello.  
TELLO: Ya no puedo.  
Pícaros, si ya vinagres  
salís de alguna despensa,  
cueros vivos, hombres zaques,  
oliendo a tabaco el alma  
y las narices a parches,  
¡por vida del rey de espadas,  
que si saco la de Juanes  
que ese quedará con vida,  
que huya y que no le alcance!  
OCTAVIO: ¡Oh, qué gracioso mandicho  
es el que la lleva y trae!  
JUAN: Tello, ¿estás loco?  
TELLO: ¿Esto sufres?  
¡Fuera!  
JUAN: Voy a ayudarle.  
LEONOR: Detente, don Juan, detente.  
JUAN: Déjame, por Dios. ¡Cobardes,  
haced como habláis!  
OCTAVIO: Justicia  
viene.  
JUAN: ¿Ya buscáis achaques?  
LEONOR: Triste de mí, qué he de hacer?  
¿Hay desdicha más notable?  
Si me conocen, soy muerta;  
quiero en esta casa entrarme.

**Salen ALGUACILES y gente**

ALGUACIL: ¡Téngase al rey!  
JUAN: Los que huyen  
se tengan, que es gente infame;  
que yo soy un caballero  
que estoy a negocios graves  
en la corte, y me quisieron,  
con palabras arrogantes,  
afrentar sin darles causa.  
ALGUACIL: Y él, ¿quién es?  
TELLO: Soy platicante  
de caballero, que ha poco  
que navega en estos mares,  
¿Salté manda en qué le sirva?  
ALGUACIL: Vengan los dos a la cárcel.  
TELLO: ¿Cómo a la cárcel?  
JUAN: (No veo **Aparte**  
a Leonor.)  
TELLO: ¿Salté no sabe  
que es aquesta noche libre?  
ALGUACIL: Allí va el señor Alcalde;  
vengan y hablarán con él.  
JUAN: Vamos, que yo quiero hablarle,  
y sabrán vuestas mercedes



la mucha que a mí me hace.  
ALGUACIL: Vengan por aquí.  
JUAN: (¡Ay, Leonor! **Aparte**  
Luego volveré a buscarte,  
si no es tanta mi desdicha  
que me detenga o me mate.)

**Quando los van llevando sale Don PEDRO y dice a uno dellos**

PEDRO: ¡Ah, caballero, qué es esto?  
ESCRIBANO: Cuchilladas, disparates  
de esta noche.  
PEDRO: ¡Era a mi puerta!  
ESCRIBANO: ¿Mandáis más?  
PEDRO: Que Dios os guarde.

Cansado de esperarte,  
hermosa Blanca, de tu calle vengo,  
y no pudiendo hallarte,  
apenas alma ni esperanza tengo.  
¡Ay Dios! si te ha forzado  
tu hermano al casamiento concertado?  
Es este pensamiento,  
forzado soy a despedir la vida,  
que si del casamiento  
cumpliste la escritura prometida  
y a la mía faltaste,  
al umbral de la muerte me dejaste.  
Música y grito suena;  
todos se alegran, todos son dichosos;  
yo, sólo, en tanta pena,  
no puedo alzar los ojos envidiosos;  
que no hay mayor desdicha  
que no tener entre dichosos dicha.

**Salen con guitarras y sonajas y canten así:**

MUSICA: "Salen de Sanlúcar,  
rompiendo el agua,  
a la Torre del Oro  
barcos de plata.  
Verdes tienes los ojos,  
niña, los jueves,  
que si fueran azules,  
no fueran verdes.  
Salen de Valencia,  
noche de San Juan,  
dos pescadas saladas  
al fresco del mar."

**Éntrense en grito y regocijo, y diga Don PEDRO**

PEDRO: Envidio el contento y gusto

con que estos cantando van.  
¿Que en la noche de San Juan  
sólo yo tenga disgusto?  
Yo sólo, amor, siempre injusto,  
por tus mudanzas indigno  
de tener nombre divino,  
dudoso entre el bien y el mal,  
del contento general  
soy en Madrid peregrino.

Ya no tengo qué esperar,  
que en esta nueva mudanza  
aun no quiere la esperanza  
acompañar mi pesar.  
Ya quiere el alba llorar,  
pues ¿qué quieren mis desvelos?  
Ya sus cristalinos hielos  
ensartan perlas en flores,  
o los fingen mis temores,  
que vuelven los cielos celos.

Quiero en mi posada entrar,  
aunque sé que no a dormir;  
que no haré poco en vivir  
si Blanca se ha de casar.  
Aquí siento suspirar;  
parece en la voz mujer.  
¿Si ella vino? Puede ser  
que me aguarde con temor.  
La honra te vuelvo, amor,  
y conozco tu poder.

¿Eres tú, mi bien? Pues calla,  
no debe de ser. ¿Quién va?  
Una mujer.

LEONOR:

PEDRO:

Ella es.

¿Ha mucho, mi bien, que estás  
esperándome? Perdona,  
que con amor pude errar  
en ir a buscarte. Dame  
los brazos, y entre, que ya  
mi casa te espera, dueño.

LEONOR:

Y yo estaba, de esperar,  
sin vida, Teneos, ¡ay, Dios!,  
que ni soy la que esperáis  
ni vos sois lo que yo espero.

PEDRO:

Decís muy bien: perdonad.  
¿Pero cómo estáis aquí?  
Que he venido a recelar  
que alguna traición me han hecho.

LEONOR:

Advertid que os engañáis.  
Bien podéis estar seguro  
que una airada tempestad  
de desdichas me ha traído.  
No puedo deciros más.

PEDRO:

LEONOR:

¿Quién está con vos?  
Si digo,  
señor, quién conmigo está,  
no es mucho que imaginéis  
el peligro que ignoráis;  
porque son tantos mis males,  
que por ventura podrán

invisibles basiliscos,  
sólo mirando matar.  
Huid de verme y de hablarme,  
que son veneno mortal  
los males que fueron bienes.  
PEDRO: Dejad los ojos, y hablad.  
LEONOR: Quieren divertir mi pena  
con hablar y con llorar,  
cual a gusano de seda  
en truenos de tempestad,  
hacen al alma ruido  
porque no sienta mi mal.  
Con un caballero, a quien  
debo honesta voluntad,  
iba de la mano. ¡Ay, triste,  
cómo es imposible hallar  
a contradicción divina  
humana seguridad!  
¡Qué fiesta habrá sin desdicha!  
¡Qué contento sin azar!  
¡Qué gusto sin su enemigo!  
¡Qué bien sin dificultad!  
Criado y señor parecen,  
juntos siempre, el bien y el mal.  
Nunca el bien delante viene  
sin venir el mal detrás.  
Acuchilláronle aquí,  
pienso que muerto le habrán  
unos hombres que tenían  
por alma su necesidad.  
Es privilegio del vulgo,  
en estando junto, hablar  
con libertad, e imposible  
castigar su libertad.  
Aquí me entré de temor,  
y cansada de esperar  
lloré perderle y perderme,  
porque todo ha sido igual.  
Pues en el talle y el traje  
ser caballero mostráis,  
amparad una mujer,  
ya por ser este lugar  
donde la halláis vuestra casa,  
ya porque obligado estáis  
a vuestro respeto mismo,  
que no le podéis negar,  
a título de ser noble,  
la obligación natural.  
PEDRO: Extraña desdicha ha sido  
la vuestra; mas puede os dar  
consuelo que no es la mía  
a la vuestra desigual.  
A nuestros perdidos dueños  
podemos los dos llorar,  
el mío, porque no viene,  
y el vuestro, porque se va.  
Yo vi llevar unos hombres  
presos; pienso que serán  
los que decís; buenos iban,  
bien os podéis sosegar.

Sólo de vos saber quiero  
el consejo que tomáis  
para que pueda serviros,  
que vuestro término da,  
traje y discreción, indicios  
de ser mujer principal.  
Mirad si os está mejor  
que a vuestra casa volváis,  
o queréis que venga el día  
si tenéis peligro allá;  
pues no es posible que tarde,  
que ya parece que dan  
de la risa del aurora  
aquellas nubes señal.  
Y parece que los montes  
lo verde argentando están  
por la espalda de la noche  
líneas de plata oriental.  
Aquí tendréis aposento,  
criadas honradas hay;  
mozo soy, no soy casado,  
no habrá celos, no temáis;  
aun no he vendido lo libre,  
si bien lo quise emplear  
en este bien que me falta.  
Dios sabe si volverá.

Yo iré a la cárcel mañana  
a saber de ese galán,  
tan dichoso como yo,  
si perdió lo que lloráis;  
que por la misma fortuna  
bien nos podemos juntar,  
pues caminos y desdichas  
siempre hicieron amistad.  
Aquí será bien quedarme,  
si vos licencia me dais,  
hasta que sepáis mañana  
si fué mi temor verdad.  
Que cuando sepáis quién soy,  
mi nombre y mi calidad  
(que agora es fuerza encubriros),  
yo sé que no os pesará  
de haberme dado favor

LEONOR:

PEDRO:

Bastantes indicios dais.  
Caballero soy, segura  
vuestro honor podéis fiar  
de mi nobleza y mi celo.

LEONOR:

Conozco la voluntad  
con que ayudáis mi fortuna  
y mi temor animáis.

PEDRO:

Extrañas cosas suceden  
una noche de San Juan.

LEONOR:

(¡Ay, don Juan!)

**Aparte**

PEDRO:

(¡Ay, Blanca! ¡Ay, cielos! **Aparte**  
¿Cómo es posible esperar  
que amanezca con más bien  
quien anochece tan mal?)

**FIN DEL SEGUNDO ACTO**

## ACTO TERCERO

---

*Salen Don JUAN y TELLO con las espadas en las  
manos*

JUAN:                   ¿Qué no podrá el dinero?  
TELLO:                 Gran fuerza tiene el oro.  
JUAN:                                 Es caballero.  
TELLO:                 Y hijo de buen padre,  
                          pues que le engendra el sol; que humilde madre  
                          nunca fué de importancia.  
JUAN:                 Toda aquella arrogancia  
                          templaron veinte escudos.  
TELLO:                 Buenos amigos son, negocian mudos.  
JUAN:                 Qué mal San Juan tuviera estando preso  
                          y de Leonor temiendo un mal suceso.  
TELLO:                 Aun no sabes lo que es en una estufa  
                          pulgas de por San Juan; no hay catalufa  
                          como ponen un cuerpo desdichado  
                          todo de tomadillos perfilado;  
                          pues chinches, gente sorda,  
                          que a nubarrones la pespunta y borda.  
JUAN:                 Aquí quedó Leonor.  
TELLO:                                 No hay puerta abierta,  
                          que aun el alba bosteza y no despierta.  
JUAN:                 Entra en ese portal.  
TELLO:                                 No hay más.  
JUAN:                                 ¿Qué aguardas?  
TELLO:                 Cuatro mil escopetas y alabardas  
                          son menester para un portal de noche;  
                          deja que pase este cantante coche.  
JUAN:                 Música lleva al Prado.  
TELLO:                 Los tres parecen gatos en tejado.  
JUAN:                 Conozco aquel romance y quien le hizo.  
TELLO:                 El tiplazo es lechón con romadizo.  
JUAN:                 Serenos de Madrid causan catarro.  
TELLO:                 El bajo ha sido jarro  
                          y agora tiene muermo,  
                          la tercera cruel canta de enfermo.  
JUAN:                 Vuelve a mirar, que ya pasaron; mira  
                          si habla, si suspira,  
                          que estoy perdiendo el seso.  
TELLO:                 Si Leonor presumió que estabas preso,  
                          sola se volvería.  
JUAN:                 ¡Ay, dulce prenda mía!  
                          ¿Qué le habrá sucedido?  
                          Si a su casa volvió, yo soy perdido.  
TELLO:                 En todo esto no veo  
                          sino sombras, señor, de tu deseo.  
JUAN:                 ¡Ay, infeliz de mí! Que el bien tenía,  
                          y como quien dormía  
                          y soñaba tesoro,  
                          que las manos bañó de plata y oro,  
                          siendo fingidas sombras los diamantes,  
                          que al aurora volaron inconstantes,

y despertó al ruido  
o el propio nombre le tocó el oído;  
así me siento, y solo y triste veo  
la burla de mi amor y mi deseo;  
que dicha en desdichado  
es sueño que nació de bien pasado,  
que lo que vió de día  
de noche le pintó la fantasía.

TELLO:

Ya, ¿qué piensas hacer?

JUAN:

Morirme, Tello.

TELLO:

Eso es muy bueno para dicho; hacedlo  
es muy dificultoso.

JUAN:

¿Qué gente es ésta?

TELLO:

Estruendo bullicioso

de gente que no ayuna  
del gran Profeta a la bendita cuna;  
pues como hablaba, mudo, Zacarías,  
todos quieren hablar en tales días.

**Salgan por una puerta FABIO, LEANDRO, y FENISA, de  
noche de San Juan, y por otra LEONARDO y RODRIGO, guarnecidos los  
sombreros y ferreruelos de fajas de papel, y LUCRECIA,  
dama**

LUCRECIA:

Las vayas han de ser sin pesadumbre.

FENISA:

Este día, señores, es costumbre  
alegrarse no más y no enojarse.

LEANDRO:

Para reñir, mejor es acostarse.

LEONARDO:

No te enojés, que es uso de la Corte;  
si no te han dicho cosa que te importe.

LUCRECIA:

¿Qué había de decirme aquella dama,  
si sabe que sé yo cómo se llama?

FABIO:

Buena invención la de la plata.

LEANDRO:

Buena,

con el papel, que más que plata suena;  
que ya vale el papel como la plata;  
tanto gastan procesos y poetas,  
que libranzas, por Dios, que andan secretas.

FABIO:

Uno conocí yo, y era tan franco,  
que trocaba lo escrito por lo blanco;  
pero no pudo hallar quién lo trocase.

FENISA:

¡Que noche de San Juan se empapelase  
y viniese, atrevido,  
de ciruela de Génova vestido  
un hombre con sus barbas y bigotes!

TELLO:

Al Prado van los dichos matalotes.

RODRIGO:

Oyen, señores míos, poco a poco,  
que me voy enojando, y pico en loco.

FABIO:

Pues conmigo te metes  
figura guarnecida de cohetes.

RODRIGO:

Pues lacayo que jura de cochero  
y consultado está de despensero,  
dos cosas más corrientes estos días  
que testimonios y mentiras frías,  
caballero te finges, disfrazado?

LEANDRO:

¡Oh qué lindo borrego trasquilado!

JUAN:

Llega, Tello. ¿Qué aguardas?

TELLO:

Caballeros,

¿han visto cierta dama, cuyas señas

son capotillo y plumas y buen aire,  
que dejaron aquí sus escuderos  
por ver una pendencia?

RODRIGO:                                     ¿Qué donaire!

  ¿Fueran más frías dos cansadas dueñas  
con sus antojos, tocas y rosario?  
Pues hombre que pregona letuario  
más súbito que copla de repente.  
¿Tú vienes a dar cómo a tanta gente?

TELLO:                                     De veras hablo y con disgusto vengo,  
que no soy hombre que ese oficio tengo.

LUCRECIA:                                Quedo, que ya está el cómo declarado.  
Su matrimonio trascartón le ha dado;  
señor mío, si habló con cerbatana,  
en la parroquia la hallará mañana  
colgada de la pila, como llave,  
si el médico de Cádiz no lo sabe;  
que con sus almanaques  
dice que habrá pescado en los Alfaques,  
y los vende firmados,  
que dice que hay pronósticos hurtados.

LEONARDO:                                Jure de gamo.

FABIO:                                     Jure de venado.

TELLO:                                     Hidalgos, bueno está, quedo, con tiento.

RODRIGO:                                 ¿Valiente?    ¡Oh qué gracioso disparate!

FABIO:                                     Contradicción implica.

LUCRECIA:                                No se trate  
desta materia más; vamos al Prado.

LEANDRO:                                Jure de gamo.

FABIO:                                     Jure de venado.

***Dándole grita, se entren***

TELLO:                                    ¿No has escuchado la grita?

JUAN:                                     Estoy por desesperarme;  
todo es perderme y matarme  
cuanto mi amor solicita.

  Tello, tú fuiste la culpa  
de aquella injusta prisión,  
que ayudarte en la cuestión  
fué de mi culpa disculpa.

  ¿Qué importa noche como ésta  
sufrir disparates locos?

TELLO:                                    Fueron muchos, que a ser pocos  
yo los pasara por fiesta.

  Aquí no hay más que esperar,  
si a casa volvió Leonor.

JUAN:                                     Que aun el día (¡oh gran rigor!)  
no me ha venido a ayudar.  
Algún amante que tiene  
en brazos el bien que adora  
detiene, Tello, al aurora  
con hechizos, pues no viene.

  Que habiendo, a mi parecer,  
o a mi amor se lo parece,  
dos mil años que amanece,  
no acaba de amanecer.

TELLO:                                    Estar aquí no es partido,  
que no es aguja Leonor



para buscarla, señor,  
donde la habemos perdido.

Vamos a casa, que creo  
que allí la habemos de hallar.

JUAN: ¿Quién podrá, Tello, esperar  
los años de su deseo?

TELLO: Un hombre sale, señor,  
de aquella casa de enfrente.

JUAN: No habrá cosa que no intente  
por templar mi loco amor.

*Sale don PEDRO*

PEDRO: Sueño que fuiste como dulce empeño,  
de los cuidados que tu sombra asiste,  
¿Cómo para cuidados, sueño fuiste,  
si nunca diste a los cuidados sueño?  
Tú, que de cuanto vive, fácil dueño,  
las mayores tristezas suspendiste,  
¿por qué me dejas desvelar de triste  
sin ver mis ojos tu sabroso ceño?  
¡Oh muerte mentirosa en perezosos  
y muerte verdadera en desvelados!  
bien podemos llamarte los quejosos  
amigo falso que huye en los cuidados,  
pues te vas a dormir con los dichosos  
y dejas desvelar los desdichados.

JUAN: Déjame que le hable yo,  
que tu poca dicha tienes,  
que puede ser que haya visto  
a Leonor.

TELLO: ¡Qué yerro emprendes!

PEDRO: Dos hombres he visto allí;  
gente segura parece;  
si requiebran en la calle,  
saber por ventura pueden  
si Blanca ha llegado aquí.  
¡Ah, caballeros! no tienten  
vuestas mercedes la espada;  
de paz soy, seguros lleguen.

JUAN: Antes hablaros quería  
por vecino, cortésmente,  
desta calle.

PEDRO: Y yo, señor,  
por si acaso os entretiene  
alguna destas ventanas,  
cuyos dueños lo merecen.  
Aguardo desde las diez  
cierta dama, y como duerme  
tan mal amor, me he vestido;  
como si el aire pudiese  
templar imaginaciones,  
aunque se templase en nieve.  
Suplícoos que me digáis  
si la habéis visto, que suelen  
volverse cuando hay testigos,  
porque la busque y no espere,  
y por despejar la calle

si os hago estorbo.  
 JUAN: (¡Que encuentre **Aparte**  
 un mismo amor dos cuidados!  
 Fábula, por Dios, parece.)  
 A preguntaros lo mismo  
 una desgracia me atreve,  
 que acuchillando unos hombres  
 perdí una dama, en que pierden  
 tanto mi vida y mi honor  
 que uno acaba y otro muere.  
 No he visto lo que esperáis,  
 de que es justo que me pese;  
 si lo que espero habéis visto,  
 oíd las señas que tiene.

PEDRO: No hay para qué las digáis. **Aparte**  
 (Hermano o marido es éste;  
 la mujer peligro corre;  
 discreción será que niegue.)  
 Caballero, yo quisiera  
 que en esta ocasión presente  
 fuéramos los dos dichosos  
 y que con palabras breves  
 diéramos el uno al otro  
 de lo que buscando viene  
 las nuevas y las albricias.

JUAN: Dios os guarde y os consuele.  
 PEDRO: Dios os consuele y os guarde.  
 JUAN: Vamos, Tello, que mi muerte  
 es imposible excusarse.

TELLO: Cuando, solícito, quieres  
 saber, señor, de tu dama,  
 bella Leonor, ángel, fénix,  
 este socarrón amante,  
 muy necio e impertinente,  
 te pregunta por la suya;  
 mala noche de mujeres;  
 menester es pregonallas.

JUAN: Pues diga amor, quién supiere  
 de Leonor, de la hermosura,  
 del sol, del ave celeste,  
 de la discreción más rara,  
 del gusto más excelente,  
 del mejor despejo y brío  
 que hoy en la corte se prende.  
 Con cuyo pie de tres puntos  
 cuantas han nacido mienten  
 vuélvala luego a su dueño,  
 que si a su dueño la vuelve  
 le darán de albricias almas.

TELLO: Buenas nuevas si las creen;  
 pero sólo te suplico,  
 porque las señas no yerren,  
 que a los tres puntos del pie  
 añadadas siquiera siete.

JUAN: ¿Agora donaires, Tello?  
 TELLO: Perdona.  
 JUAN: ¡Cielos, tenedme!;  
 que en hallarla o no la hallar  
 están mi vida o mi muerte.

*Vanse don JUAN y TELLO*

PEDRO:            Qué yerro pudiera ser  
                  si éste, como he sospechado,  
                  es marido que hacia el Prado  
                  topó su propia mujer,  
                  que llevaba algún galán,  
                  y entonces le acuchilló,  
                  dársela, muy necio yo.  
                  Mejor sin ella se van  
                  hasta que mañana el día  
                  me diga lo que he de hacer.

*Salen Doña BLANCA y ANTONIA con rebozos y  
                  sombros*

ANTONIA:           El porfiar es vencer.  
BLANCA:            Grande ha sido mi osadía.  
                  ¿No había de estar aquí  
                  ahora don Pedro?  
ANTONIA:            ¿Quieres  
                  que llame?  
BLANCA:            Sí.  
PEDRO:             Dos mujeres,  
                  (¡ay, cielos!), vienen allí.  
                  Ellas son. ¡Blanca!  
BLANCA:            ¿Señor?  
PEDRO:             ¿Cómo me has tenido en calma,  
                  que en ir y venir el alma  
                  está sin pulsos amor!  
                  Mas como cierra la rosa  
                  a la noche el tornasol  
                  y después saliendo el sol  
                  vuelve a salir más hermosa,  
                  así yo de tu presencia,  
                  Blanca, al aurora salí  
                  con la vida que perdí  
                  en la noche de tu ausencia.  
                  ¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho?  
BLANCA:            Al instante que salía,  
                  dándome amor osadía  
                  alma de mi tierno pecho,  
                  dos amigas en su coche  
                  me hicieron por fuerza entrar,  
                  donde más que pasear  
                  fue llorar toda la noche.  
                  Volví tarde, donde hallé  
                  que mi hermano, alborotado,  
                  con don Luis me había buscado;  
                  tu cuidado imaginé,  
                  y con ánimo de quien  
                  no tiene más bien que a ti,  
                  segunda vez lo emprendí,  
                  y al fin me ha salido bien.  
PEDRO:             No es hora, señora mía,  
                  de pleitos ni de escrituras;  
                  entrad a esperar seguras  
                  este perezoso día,

que tiene dentro de sí  
 más años que el mundo tiene.  
 BLANCA: Mi honor a tus manos viene.  
 PEDRO: Ese mismo es alma en mí.  
 ANTONIA: Mira lo que haces, señora.  
 BLANCA: Antonia, si una mujer  
 no se dejase vencer,  
 ¿quién puede?  
 ANTONIA: Un hombre que llora.  
 BLANCA: Yo conozco mi firmeza.  
 ANTONIA: Tú saldrás desa fatiga  
 las manos en la barriga  
 como otros en la cabeza.

**Vanse. Doña LEONOR se pone en lo  
alto**

LEONOR: Salid por este balcón,  
 pues que no salís del pecho,  
 llamas de amor, que habéis hecho  
 incendio mi corazón;  
 respire como infición  
 este aposento, y no impida  
 que viva el alma encendida;  
 dad lugar a las que quedan  
 para que las otras puedan  
 ir conservando la vida.  
 ¿Qué pajarillo el olvido  
 de la noche así culpó  
 cuando el aurora esperó  
 sobre las pajas del nido?  
 ¿Qué caminante perdido?  
 ¿Qué marinero turbado,  
 qué desabrido casado  
 más tarde la vino a ver  
 durmiendo de su mujer  
 en la galera forzado?  
 Qué poca dicha, don Juan,  
 tuvo contigo mi amor,  
 si bien a mi ciego error  
 culpa mis desdichas dan.  
 Preso estás, a verte van  
 mis suspiros, mientras sigo  
 tu prisión; permite, amigo,  
 que allá se queden en ti;  
 porque no haya cosa en mí  
 que no esté presa contigo.

**Tres caballeros, de noche: Don ALONSO, Don  
FÉLIX, y Don TORIBIO**

ALONSO:: ¡Qué necio ha estado el Prado!  
 FÉLIX: Tan pícaro sin olmos ha quedado  
 que nadie acierta a hablar por descubierto.  
 TORIBIO:: De los bailes, don Félix, vengo muerto.  
 ALONSO:: Tristes danzas de España, ya murieron.  
 FÉLIX: Dios las perdone, gente honrada fueron.  
 TORIBIO: ¿Qué se hicieron gallardas y pавanas,

ALONSO: pomposas como el nombre, y cortesanas?  
Ya se metieron monjas.

FÉLIX: Cosa extraña  
que ya todas las danzas en España  
se han reducido a zápiro y a zépiro,  
a zípiro y a ñápiro.

ALONSO: Por Dios, que es gran donaire,  
no tenéis que decir.

FÉLIX: Sí, pero el aire,  
la gala y bizarría  
con que el mayor señor danzar podía  
y los pies de gibaos,  
y alemanas y brandos en saraos,  
¿por qué se han de dejar de todo punto?

ALONSO: Hermano, porque todo el mundo junto  
se vuelve ya, como el vestido, viejo;  
lo de atrás adelante.

FÉLIX: Mal consejo.

ALONSO: La novedad, don Félix, siempre agrada,  
sea en razón o en sinrazón fundada.  
Mirad que aun la poesía  
no habla ya la lengua que solía.  
¿No habéis visto la máquina estrellada  
cuando la noche muda y enlutada,  
natural de Chinchón y de pulgares,  
teñidos con hollín los aladares  
saca medio dormida el negro coche?  
No habéis visto en las manos de la noche  
el nuevo infante día  
nacer dando alegría  
a las aguas y flores?  
¿No habéis visto después cantar amores  
los dulces pajarillos  
al esconderse los armados grillos  
entre los alcaceres?  
¿No habéis visto con naguas las mujeres  
sin anchos verdugados y abaninos  
y los chapines de bordados finos,  
que fueron en sus madres de badana?  
¿No habéis visto espumosa la mar cana  
sorberse naves como huevos frescos?  
¿No habéis visto en jubones y grigüescos  
tanto algodón que aun el andar reporta?  
Pues si no lo habéis visto, poco importa.  
¡Qué notable frialdad!

FÉLIX:

ALONSO: Usase ahora.

FÉLIX: ¿No véis que allí suspira cierta mora?

TORIBIO: Sin duda es Melisendra, caballeros,  
que aguarda a don Gaiferos.

ALONSO: ¡Oh tú, doncellidama,  
si sales a saber cómo se llama  
el que ha de ser tu esposo  
y la oración has hecho al glorioso  
Bautista, santo de profeta palma,  
sábeta que ha de ser Juan de buen alma,  
y que por lo agarrado  
primero que Mendoza será Hurtado?

*Échele una cadena*

LEONOR: Pues tome por la nueva esa cadena.  
ALONSO: Hola, don Félix; ¡vive Dios! que es buena,  
que pesa y huele al oro y no (es) azófar.  
TORIBIO: ¡Peregrino suceso!  
FÉLIX: Mostrad. ¡Buena, por Dios!, dícelo el peso.  
ALONSO: Métase el alba y llore allá su aljófar,  
que se deshace en flores y azucenas.  
FÉLIX: ¡Oh, aurora, lloradora de cadenas!  
Si acaso no eres duende  
y es mañana carbón cuando la vende.  
LEONOR: No hará, que me ha tocado  
en lo vivo del alma, aquello Hurtado.  
ALONSO: ¿Y el Juan también?  
LEONOR: No sé; váyase ahora,  
que hay peligro en la calle.  
ALONSO: Adiós, señora.  
TORIBIO: El médico de Cádiz no dijera  
con su firme pronóstico que fuera  
más verdadero que éste.  
ALONSO: Vuesa merced se acueste  
en sábanas de Holanda,  
que yo me voy a hacer la zarabanda.  
Y tantos eslabones como tiene  
esta cadena el buen Hurtado pene  
años en que la sirva y la requiebre.  
TORIBIO: Mas que nos ha de dar gato por liebre.  
ALONSO: Así se le volvieran, y tan buenas,  
a la cárcel de corte las cadenas.

**Vanse. Salgan Doña BLANCA, Don PEDRO y  
ANTONIA**

PEDRO: Detente, señora mía.  
BLANCA: ¿Que me detenga? Ya es tarde.  
¿Para tales sinrazones,  
vil caballero, me traes  
con tanto engaño a tu casa?  
PEDRO: Plega al cielo que me mate  
un rayo si tengo culpa.  
LEONOR: Aquel caballero sale Aparte  
con una dama riñendo;  
atenta quiero escucharle;  
por dicha tengo la culpa.  
BLANCA: Persuadirme, ingrato, es darme  
más pena de la que tengo.  
¿Era yo mujer infame,  
que teniendo en casa amiga,  
con engaños semejantes,  
con lágrimas, con papeles,  
con finezas, con jurarme  
que era de tu pecho el alma  
y de tus venas la sangre,  
me obligas a que tan loca  
hermano tan noble trate  
con término tan indigno  
de mujeres principales?  
No importa, que al fin, ingrato,  
no tienes de qué alabarte,  
que el honor que no ha caído

es fácil de levantarse.  
 Sola una mano me debes  
 sobre juramentos graves,  
 y yo tengo quien me vengue  
 si no tuve quien me guarde.  
 ¿Tú caballero? ¿Tú noble?

PEDRO: Señora, mientras no amaines  
 las lágrimas y las voces,  
 ¿cómo puedo asegurarte  
 de que no he faltado un punto  
 a obligaciones tan grandes?  
 Oye, por Dios, advirtiéndome  
 que no pudiera un alarbe  
 hacer la maldad que dices.

BLANCA: ¿Pues yo no sentí quejarse  
 y llorar una mujer  
 otro aposento adelante  
 de donde la cama tienes?  
 ¿Pueden ser quejas iguales  
 sino de tales traiciones?  
 Que no es justo que se llamen  
 celos tan viles desprecios,  
 que celos, aunque mortales,  
 son de lo que se imagina,  
 que no de lo que se sabe.  
 Demás de que ya me ha visto;  
 pero porque no la mates,  
 por los suspiros me escribe  
 su desdicha y tus maldades.  
 Y plegue a Dios que no sea  
 mujer propia que te canse,  
 si puede haber en el mundo  
 tiranos que así las traten.

PEDRO: Señora, negar no puedo  
 que como yo te esperase,  
 siglos haciendo las horas,  
 años los breves instantes,  
 esta mujer escondida  
 hallé, saliendo a buscarte,  
 en lo oscuro desta puerta;  
 pidióme, que la amparase;  
 es mujer, soy hombre, pudo  
 lastimarme y obligarme.  
 Yo no sé si es la ocasión  
 marido, galán o padre;  
 ella nos dirá el suceso  
 y podrá desengañarte.  
 Que mal pudiera ser yo  
 villano e inexorable  
 a lágrimas de mujer,  
 y más si de causa nacen  
 como la que miro en ti,  
 fuera de ser como un ángel,  
 que si llorando una fea  
 no hay lástima que no cause,  
 ¿qué hará una mujer hermosa,  
 que parece que se caen  
 de dos estrellas del cielo  
 sobre claveles, cristales?

BLANCA: ¡Oh qué extremada pintura!

¿No pudiera retratarse  
 esta mujer sin claveles?  
 Parece que versos haces.  
 ¿Un ángel a tales horas  
 quieres, don Pedro, que hable?  
 Para tales jerarquías  
 es muy humilde mi traje;  
 iréme a mi casa agora  
 y mañana por la tarde  
 vendré a hacerle una visita.

PEDRO: Debes de querer matarme.  
 BLANCA: Tú entretanto será justo  
 que consueles y regales  
 ángel de tales claveles.

PEDRO: Mátame bien, no te canses.  
 BLANCA: Muy santo debes de ser,  
 reliquias pueden cortarte,  
 pues ángeles te visitan.

PEDRO: Ahora bien, entra y no aguardes  
 a que siendo ya de día  
 alguna persona pase  
 que te conozca.

BLANCA: ¿Estas loco?  
 ¿Yo entrar, yo verte, yo hablarte?

PEDRO: Mira que yerras en esto.  
 Pues primero que te cases  
 me pides injustos celos,  
 conque puedo imaginarte  
 de condición insufrible.

BLANCA: No hayas miedo que te enfade.  
 Queda con Dios.

PEDRO: No seas necia.

BLANCA: Voy a que alguno me ampare,  
 aunque sin ser ángel lllore  
 sobre claveles cristales.

LEONOR: ¡Ah, dama, señora,; ah, reina!  
 BLANCA: ¿Quién es?  
 LEONOR: Quien no es bien que cause  
 injustamente estos celos  
 entre tan firmes amantes.  
 Hacedme merced de entrar,  
 porque no por ampararme  
 es bien que ese caballero  
 os pierda; entrad y escuchadme.

BLANCA: Desde ese balcón podréis  
 decir quién y qué os trae  
 a tal hora y en tal noche.

LEONOR: Obligaréisme a que baje,  
 porque no son mis desdichas  
 para echadas en la calle.  
 Entrad y sabréis quién soy.

BLANCA: Vuestro término es bastante  
 a vencerme; voy a oíros.

PEDRO: Quieran los cielos que baste;  
 porque en dando una mujer  
 en celosos disparates,  
 hará verdades mentiras  
 y hará mentiras verdades.

*Vanse. Salen don LUIS, don BERNARDO y*



*criados*

LUIS: No hay sitio, no hay señal, prado ni río  
que déllas tenga ni señal ni nueva.

BERNARDO: Buscarlas me parece desvarío.

LUIS: ¡Que a darme tal pesar Leonor se atreva!  
Corrido voy del pensamiento mío,  
que de uno en otro a tal rigor me lleva,  
que os dije la sospecha que tenía.

BERNARDO: No estoy muy lejos de decir la mía.

LUIS: Como yo vi que de camino andaba  
el indiano don Juan, dióme cuidado,  
creyendo que Leonor se le inclinaba;  
engaño de mis celos fabricado  
que, como vistas, en su casa estaba  
de mi ofendido honor tan descuidado,  
que apenas le llamé cuando me abrieron.

BERNARDO: Sospechas de don Juan injustas fueron.  
Yo soy su amigo, y si a Leonor quisiera,  
cuando le dije yo que la quería  
lo mismo en confianza me dijera  
y desistiera yo de mi porfía;  
como la vuestra mi sospecha fuera;  
pero presumo que es verdad la mía.  
Pues vos ¿qué sospecháis?

LUIS: Un pensamiento

BERNARDO: que a Blanca pudo dar atrevimiento.  
Hay en este lugar un caballero,  
que ha venido a negocios de Navarra  
entendido, galán y lisonjero;  
persona, en fin, para querer, bizarra.  
No ya libre navío del mar fiero  
de Sanlúcar pasó la estrecha barra  
con más banderas, que le sirven de alas,  
que él por mi calle con diversas galas.  
Halléle hablando con mi hermana un día  
y díjome, turbado, que informado  
de que presto a Sevilla me volvía,  
estaba de mi casa aficionado.  
Pienso, don Luis, que la verdad decía;  
pero dándome celos su cuidado,  
me informé de su casa, por si acaso  
tantos paseos no mudaban paso.  
Esta que veis, don Luis, es su posada.

LUIS: Sí; pero ¿de qué sirve haber creído  
esa imaginación sólo fundada  
en verle en vuestra calle divertido?

BERNARDO: ¿Vos no buscastes a don Juan, la espada  
celosa del agravio y prevenido  
el ánimo a matarle? Pues yo quiero  
buscar este navarro caballero.  
Que como imaginastes que podía  
a Sevilla llevarse vuestra hermana,  
a Pamplona podrá llevar la mía,  
si no me sale la esperanza vana.  
Pues qué, ¿pensáisle hablar?

LUIS: Eso querría.

BERNARDO: ¿En qué ocasión?

LUIS: Con que se va mañana

y que estoy desta casa aficionado.  
LUIS: Pensémoslo mejor.  
BERNARDO: Ya lo he pensado.

***Pónense a hablar los dos, y entran don JUAN  
y TELLO***

JUAN: Desde que don Luis me habló  
con don Bernardo en mi casa,  
Tello, los vengo siguiendo  
y que viniesen me espanta  
adonde perdí a Leonor.  
TELLO: ¿Cómo ya saben que falta,  
pues a su casa no ha vuelto,  
ni menos salió con Blanca?  
Alguien que lo vio lo ha dicho.  
JUAN: Vive Dios, que más extraña  
confusión no ha sucedido  
a hombre, y que se me acaba  
la paciencia imaginando  
que puedan desdichas tantas  
cabrer en sola una noche.  
TELLO: Si estuvieran acabadas,  
menos mal hubiera sido.  
JUAN: No cuenta cosas tan varias  
de Clariquea, Heliodoro.  
Las de Teágenes pasan  
en años, pero las mías  
en una noche.  
TELLO: No hagas  
exclamaciones, que pueden  
oírte.  
LUIS: ¡Oh leyes humanas  
e inhumanas! Que a los hombres  
nos toque, por muchas causas,  
el servir a las mujeres,  
el acudir a las galas  
(que es lo que ellas más estiman),  
el sustentarlas, el darlas  
hasta la sangre y la vida  
y algunas veces el alma,  
está bien; dellas nacimos,  
que ya con esto se paga;  
pero ¡que el mundo haya puesto  
nuestra honra, nuestra fama  
y autoridad en sus manos...!  
BERNARDO: Como por las calles anda  
tanta gente, ¿en ciertos hombres  
que nos siguen, no reparas?  
LUIS: Bien dices. ¡Ah, caballeros!  
¿Quiérennos algo? ¡No hablan?  
JUAN: Don Juan soy.  
BERNARDO: ¿Vos nos seguís?  
JUAN: Desde que me habló en mi casa,  
don Luis, sospeché que andáis  
de pesadumbre, y la espada  
es en los hombres de bien  
para defender la causa,  
después de la fe y del rey,

del amigo y de la patria.  
No quiero saber lo que es,  
sino que a serviros salga;  
que no sufre la que es noble  
estar ociosa en la vaina.

BERNARDO: Sois bien nacido en efeto;  
merecéis que el rey os haga  
la merced que le pedís,  
y si fuere de importancia  
nos la haréis, como habéis dicho.  
Yo llamo en aquesta casa,  
donde pienso que ha de estar  
cierta prenda que me falta.

JUAN: Tello, don Bernardo busca  
a Leonor; gran mal me aguarda;  
mala noche de San Juan.

TELLO: Peor será la mañana.

***Sale Don PEDRO***

PEDRO: No he visto venir el día  
con tantas voces. ¿Quién llama?  
Justicia es ésta. ¿Quién es?  
El amparar esta dama  
me ha de costar pesadumbre  
si ha de resultar en Blanca.

LUIS: Dejádmele hablar a mí.  
Caballero, dos palabras.

PEDRO: ¿Qué me mandáis en que os sirva?

LUIS: Esta noche, de una casa  
principal, falta a su dueño,  
no digo su honor, su hermana,  
y se sabe que está aquí.  
Toda esta gente embozada  
es justicia; vos podéis  
seguro manifestarla  
de que no os harán agravio;  
donde no . . .

PEDRO: Señores, basta;  
así es verdad que la tengo,  
que aquí llegó lastimada,  
como mujer a quien suelen  
suceder tales desgracias.  
Dila el favor que era justo.  
Yo voy por ella.

***Vase***

LUIS: Obligada  
dejaréis su casa y deudos  
por defensor de su fama.  
Aquí está Blanca, Bernardo.

JUAN: ¿Luego buscaban a Blanca?

TELLO: ¿No lo ves? Menos desdicha,  
pues que no podrán casarla  
con don Bernardo a Leonor.

BERNARDO: Pensando estoy con qué traza  
salga yo de aquí con honra.

LUIS: No lo penséis sin hablarla,  
porque su lengua ha de ser  
o el remedio o la venganza.

**Salen Don PEDRO y LEONOR**

PEDRO: Señora, salir es fuerza;  
que si pudiera excusarla,  
yo os sirviera; mas no puedo.

LEONOR: Si no es quien pienso, me aguarda  
la muerte; pero ¿qué importa,  
si mis desdichas se acaban?

PEDRO: La dama es ésta, señores.

BERNARDO: Esta no es Blanca, mi hermana.

LUIS: ¿Pues quién?

BERNARDO: La vuestra.

LUIS: ¿Leonor!

BERNARDO: La misma.

LUIS: ¿Pues cómo estabas  
en esta casa?

LEONOR: Salimos  
yo y Blanca con otras damas  
al Prado, y como estas noches  
tantos desatinos pasan,  
unos hombres descorteses,  
con poco honestas palabras  
nos daban grita, a quien otros  
hicieron con las espadas  
callar bien a costa suya.  
Yo y Blanca entonces, turbadas,  
a este hidalgo le pedimos  
nos escondiese en su casa,  
porque a las demás del coche  
presas pienso que llevaba  
la justicia.

BERNARDO: Desafortunada,  
¿aquí también está Blanca?

LEONOR: Sí, señor.

LUIS: Notable dicha.  
Señor, decídale que salga,  
porque esa dama es mi esposa.

PEDRO: Si ella lo dice, eso basta,  
que ya sale, y yo a su gusto  
no replicaré palabra.

**Doña BLANCA y ANTONIA salen**

BLANCA: Pues ya Leonor os ha dicho,  
señores, nuestra jornada,  
yo no tengo que añadir  
sino sólo que deis gracias  
a este noble caballero.

JUAN: Tello, de la lengua al alma  
anda mi amor dando voces,  
aunque parece que calla.

TELLO: Como la gloria en el fin  
siempre dicen que se canta,  
aquí se llora el peligro.

LUIS: Sólo falta que casadas  
queden las dos, ya que el cielo  
favoreció nuestra causa;  
no aguardemos otra noche  
de San Juan, que la pasada  
nos podrá servir de ejemplo.

BERNARDO: Dad vos la mano a mi hermana,  
que yo la daré a la vuestra.

LEONOR: Las mujeres no se casan  
dos veces, vivos sus dueños,  
aunque suelen tener causa,  
si no es aquellas que quieren  
ser dos veces desdichadas.

LUIS: Leonor, ¿qué dices?

TELLO: Don Juan,  
¿qué estás mirando? ¿Qué aguardas?  
Mira que dan a Leonor;  
di que es tuya, llega y habla.  
¿Quieres tú que te la metan  
con una cuchar de plata  
dentro de la boca?

JUAN: Amor,  
señores, cuya tirana  
fuerza. . .

TELLO: Qué entrada tan necia.  
Tiembla el mundo y llora España.

JUAN: Comunicando diez meses  
con doña Leonor gallarda  
por las ventanas los ojos,  
por los papeles las almas,  
me dio de su voluntad  
(cuando más rendido estaba)  
victoria; con que os he dicho  
que está conmigo casada.  
Ya sabéis los dos quién soy.

BERNARDO: Don Juan, mi amistad se agravia,  
no de querer a Leonor,  
mas de no decir que estaban  
en estado vuestros pechos,  
que la pretensión dejara  
desistiendo de la empresa,  
aunque con menos ventaja,  
pues hoy doy la posesión  
y allí os diera la esperanza;  
dalde la mano, y así  
con don Luis se casa Blanca,  
que aunque se rompa el concierto,  
mejor estará empleada  
en vos que en mí.

LUIS: Yo agradezco,  
don Bernardo, por tres causas  
esas razones: por mí,  
por don Juan y por mi hermana;  
pero pues vos no os casáis,  
y en esto el concierto falta,  
ni yo es justo que me case,  
sino que halle en esta casa  
Blanca en don Pedro marido,  
que la relación pasada  
que me hicistes de los celos

y el hallarla aquí me mandan  
que se la dé con mi gusto.  
PEDRO: Con la misma confianza  
estuve siempre.  
JUAN: Yo soy  
de Leonor.  
PEDRO: Yo soy de Blanca.  
TELLO: ¿Y yo de quién soy?  
PEDRO: De Antonia.  
Aquí la comedia acaba  
de la noche de San Juan,  
que si el arte se dilata  
a darle por sus preceptos  
al poeta, de distancia,  
por favor, veinticuatro horas,  
ésta en menos de diez pasa.

## **FIN DE LA COMEDIA**